

BLOG 0. UN CAMINO DE RETORNO

Saludos a todos los blogueros que me lean. Ante todo saludaros e indicaros que este blog es y será algo especial, algo diferente a los blogs típicos. De entrada, este post será muy diferente a todos los demás, porque en él pretendo explicar cuál será el contenido de los siguientes y su objetivo. De ahí que lo haya llamado 'Blog 0'.

El título del Blog 'El Hechizo de Caissa' es muy revelador. Por una parte está Caissa, que como la mayoría de mis lectores conoceréis (y si no, para eso estamos, para explicarlo) es la diosa o musa de los ajedrecistas. Así que el núcleo de interés y la temática es muy evidente. Sin embargo, este no será un blog de ajedrecistas al uso. De hecho ni siquiera será un blog de ajedrecistas en exclusividad aunque sí muy recomendables para ellos, porque para entender su contenido ni siquiera será necesario conocer el movimiento de las piezas del ajedrez. El quid de la cuestión está en el vocablo 'Hechizo'. Porque de lo que escribiré será de la fascinación que el ajedrez me ha causado, de lo mucho que he disfrutado conociendo a Caissa (en adelante la personificación de todas las maravillosas cualidades que 'hechizan' del juego del ajedrez) , y de mi experiencia en la elaboración de una obra que plasma todas estas sensaciones.

Los ajedrecistas lo saben (¡lo viven!), y los que no lo son alguna vez han sentido un extraño magnetismo, una pulsión irrefrenable, al contemplar una partida de torneo, de café o al sentarse frente a un adversario separado por un tablero. Eso es el hechizo: una fuerza inexplicable que nos hace sentir la NECESIDAD de jugar. O al menos de presenciar una partida.

En este blog se narra de forma retrospectiva (de ahí lo de 'Un camino de retorno') mis experiencias en el mundo de las 64 casillas, pero no desde un punto de vista técnico (no encontraréis nada de eso), sino desde una perspectiva vivencial. Tan cerce anduve de la diosa Caissa, que caí en sus redes y ahora soy su esclavo. Muchos se acercan a ella por motivos puramente competitivos. Otros buscan integrarse, o relacionarse, o desarrollar sus capacidades imaginativas o de cálculo.

Yo me sentí tan fascinado por la diosa que escribí la novela 'El Hechizo de Caissa', de inminente publicación (probablemente octubre de este año 2010). En este blog narro cómo llegué a este punto y todo el proceso de documentación de la novela (¡ingente material, descomunal esfuerzo!), mis peripecias, mis frustraciones, mis dudas y mis inquietudes.

Así pues, este será un blog en forma de relato retrospectivo, nada técnico, más literario que ajedrecístico, y os invito a visitarlo igual que os animo a leer la novela cuando se publique. Si previamente habéis seguido mis peripecias en este blog, la disfrutaréis más y la comprenderéis mejor. Anticipo, eso sí que la novela está ambientada en nuestro maravilloso microcosmos albinegro, que trata sobre el proceso de aprendizaje ajedrecístico de un muchacho, sobre la esencia ajedrecística y la forma de gozar del juego, y .., y de muchas otras cosas que más adelante trataremos.

Bienvenidos al Reino de Caissa.

Bienvenidos a 'El hechizo de Caissa'.

BLOG 1 DESPERTAR

“Jamás ha habido un niño tan adorable que la madre no quiera poner a dormir” Ralph Waldo Emerson

Resulta sorprendente la fuerza con que los primeros momentos se resisten a la erosión del tiempo. El primer beso, el primer gol, la primera novia, ... Los primeros. Qué bonito es el primer..., que el niño experimenta. ¡Qué fuertes son los recuerdos infantiles!

¿Nos hemos parado a pensar cuál es nuestro primer recuerdo infantil? ¿Hasta dónde llega nuestra memoria? ¿Y los más vividos, intensos, vinculantes, trascendentes? De una cosa estoy seguro:

cuanto más antiguo es un recuerdo, más fuerte es. Porque ha pasado la prueba del tiempo. Yo tengo algunas perlas memorísticas anteriores a la primera comunión. Y una de ellas me marcó la psique cuál latigazo. Ocurrió un gozoso día de cumpleaños, como todos los cumpleaños infantiles (¿recordáis?). Mi tío Enrique, que en paz descansa, a la sazón mi padrino, se me acercó y me entregó un objeto rectangular envuelto en papel de regalo. “Toma, turrón”, me dijo a modo de felicitación. Abrí el envoltorio descuidadamente para descubrir que el turrón de mi tío Enrique era un juego de [ajedrez](#) magnético. Y ahora me sonrío cuando recuerdo la expresión “dulzura de los inicios”. ¡Qué apropiado símil!

También recuerdo los veranos de mi infancia, cuando mi madre nos obligaba a dormir la siesta, o a respetar el descanso del resto de la familia leyendo: “O siesta, o a leer a la terraza”. Recuerdo cuando trasgredía picaronamente sus órdenes y me escapaba a jugar a la calle. Y recuerdo que el turrón del tío Enrique modificó mis hábitos para regocijo de mi madre y de Caissa.

¿Que quién es Caissa? Seguid leyendo este blog y juntos descubriremos la dulzura de ese pedazo de turrón, que todavía no me he acabado. ¿Queréis compartirlo conmigo?

BLOG 2 DEJÁNDOME SEDUCIR

“La niñez es la etapa en que todos los hombres son creadores.” Juana de Ibarbourou

Y así pasaba las calurosas tardes, preguntando insistentemente si ya habían pasado las dos obligatorias horas de reposo antes de bañarme (¡el corte de digestión!) mientras desarrollaba mi dama en el movimiento cuatro y destruía las débiles defensas de mi hermano para darle vergonzosos mates con la dama y algún cómplice caballo o alfil. Era un ajedrez primario, burdo, innoble pero divertido, donde la reflexión brillaba por su ausencia y todo era audacia, trucos de café y goce cada vez que mi caballo diversificaba sus amenazas y mi dama besaba con refuerzo al rey adversario. Pero mi hermano Jose se cansó de engordar mi autoestima en detrimento de la suya y mi siguiente víctima suponía un escalón superior de mi árbol genealógico. ¿Existe mayor gozo para un niño que vencer al padre que le ha enseñado a jugar? Y cuando derribé ese castillo de admiración busqué consuelo en un vecino escaquista, sólo para descubrir que la dualidad del juego era tanto su atractivo como su limitación. ¡Maldición! La disponibilidad de rivales es mucho menor que mis ansias de juego ¿Dónde encontraré con quién jugar? ¿Sirve de algo “ensayar” táctica en solitario, allí inclinado sobre mi magnético tablero esperando la hora del baño?

BLOG 3 LA DUALIDAD AGÓNICA

“Cuando se lee un libro según qué estado de ánimo, sólo se encuentra en el libro interpretaciones de ese estado” Georges Duhamel.

Pero claro, llega un momento en que la imaginación de un mozalbete de siete años no alcanza a compensar sus expectativas, y por más que miraba aquel tablero magnético y trasteaba con sus diminutos trebejos, me faltaba un alter ego a quien doblegar. Mis hermanos me esquivaban porque cada vez que me veían acercarme con el tablero en la mano ya sabían que iba a proponerles partida, y ya sabían quién ganaría.

Supongo que fue un alivio para todos ellos que alguien (perdonad, pero no recuerdo quién) tuviese la genial ocurrencia de complementar el tablero con un regalo muy apropiado: mi primer libro de ajedrez. Se trataba de “Ajedrez magistral” de Mijail Tahl, un recopilatorio de

las partidas del Campeonato del Mundo de 1960. Aquello tuvo dos consecuencias inmediatas. En primer lugar, supuso un gran alivio para mis allegados que me vieron desaparecer una temporada mientras imbuía el arte de aquel Campeón Mundial. Y, en lo personal, para mí supuso todo un golpe tremendo: el juego se había convertido en una disciplina de estudio. ¿Un juego que se estudia? Supongo que en otra situación hubiera aparcado en libro en alguna “estantería del olvido” (como actualmente hago con demasiada frecuencia) y hubiera retornado al tablero, pero en ese momento yo tenía hambre: hambre de ajedrez. Y aquella monótona monografía (redundancia voluntaria) supuso el complemento perfecto para mi magnético compañero y mi insaciable curiosidad.

Rápidamente aprendí el sistema de notación descriptivo (para el algebraico todavía tardaría unos años) y, aunque no entendía la mayoría de los análisis y las variantes que allí se mostraban de las partidas, descubrí la esencia lúdica del juego: la dualidad. Para mí Mijail Tahl personificó el juego apasionado y la creatividad del héroe, mientras que Botvínik, su adversario, era el malvado (¡el lado oscuro!) incapaz de vencer a la desbordante imaginación de mi nuevo héroe con su juego previsible y lógico. Esta dualidad maniqueísta, imaginación versus lógica, tan injusta como falsa, constituye una de las bases argumentales de “El hechizo de Caissa”. Como veis, arraiga de un germen literario de mi infancia. Ahora reflexiono sobre cuantas de nuestras habilidades, cualidades, aficiones e intereses las debemos a nuestras lecturas infantiles. Somos lo que leímos.

BLOG 4 TRAICIÓN

“Peor que la traición es la soledad” Ingmar Bergman.

¿Qué difícil, incluso ahora en nuestra madurez, es reconocer el momento? Porque todo en la vida tiene su medida, y todo tiene su momento. Pero para mí, en aquel entonces, todos los momentos eran buenos para jugar al ajedrez, para estudiar mi libro y para reproducir mil y una veces las partidas que aquel libro contenían. Tanto es así que llegué a ponerme pesado con el tema (¡qué plasta de niño!) y hasta en los recreos despreciaba sistemáticamente las invitaciones de mis compañeros para formar parte del equipo, no jugaba a “levanto la malla”, ni a “polis y cacos”, ni al “churro va”, porque estaba demasiado ocupado en perseguir posibles adversarios a los que torturar con mis limitadas argucias ajedrecísticas o, en su defecto, releer las peripecias de mi héroe Mijail Tahl contra el malvado malo malísimo Botvínik.

No era raro verme inclinado sobre el tablero mientras mis compañeros desafiaban a Newton en arriesgadísimas acrobacias entre los retorcidos hierros de los columpios (¡vaya diferencia con los que hay ahora en los parques!) o corrían tras el esférico antes de merendar el bocadillo de Nocilla o visionar en el UHF a Vickie el Vikingo. Pero yo continuaba navegando por mi autismo ajedrecístico, hasta que ocurrió el incidente.

Imaginad la escena. Yo trasteando con mi tablero magnético reproduciendo la undécima partida del match de 1961. Una pandilla de chavales, compañero de clase todos ellos, buscando un portero con el que completar un equipo para patear el balón. Una propuesta amistosa respondida con una displicente contestación. Una pregunta capciosa: “¿Juegas con el hombre invisible?” Un silencio inapropiado del interpelado. Un comentario germinal: “Eres un rarito. Anda así te pudras con el estúpido juegucito”. Un coro de vituperios altisonantes que se prolonga segundos, minutos, días, semanas. Una etiqueta que me persigue durante todo un trimestre escolar: “yo no quiero al “rarito” en mi equipo”. Un sentimiento de

vergüenza insoportable. Una decisión acomodada. Una renuncia. Una traición.

Preferí el calor de la manada, y Mijail Tahl y mi tablero magnético fueron a parar a una estantería del olvido. Por muchos años. Y decidí ser uno más.

Sin darme cuenta de que me había convertido en uno menos.

BLOG 5 LA DAMA DETRÁS DE LA LUNA

**“El recuerdo es el único Paraíso del cual no podemos ser expulsados”
Jean Paul.**

Así que Caissa y yo nos separamos. No sé si a ella le cupo el pesar, lo dudo, pero yo me entretuve con actividades más prácticas (“barrigazos” y “chepazos” deportivos, con o sin esférico) y pronto olvidé. Es lo que tiene la infancia: olvidamos pronto y lamentamos tarde.

Pasaron muchos años hasta que volví a bailar con ella, y en el interdicto, sólo en dos ocasiones vi pasar un simbólico autobús y tras su luna trasera una hermosa dama sonriéndome. Era ella: Caissa.

La primera vez fue durante un caluroso verano que yo pasé en un campamento de montaña. Tras la comida y la siesta debíamos elegir un “taller” de actividades. El de ajedrez era una atractiva opción, pero yo elegí un taller de cabullería, quizás deseando deshacer el nudo gordiano de mi vida. Apenas aprendí a atarme los zapatos, pero tuve el consuelo, el último día del campamento, de poder jugar con el campeón del torneo de ajedrez que habían celebrado en el taller del mismo nombre. Vencí en una preciosa partida con sacrificio de torre que ya he olvidado (!la partida, pero no el goce!). Y no sé que me dolió más, el saber que había desaprovechado la ocasión de reencontrarme con ella, o el constatar que aquellos cuarenta minutos de juego habían sido mucho más placenteros que todo el taller de cabullería.

La segunda vez fue cuando conocí a mi Cicerone particular, al que llamaré Cicerone Millán. Un buen amigo que por aquel entonces me prestó una maravillosa novela “La variante Lunenburg”. Me confesó su afición (¿adicción?) por el juego y echamos unas cuantas partidas amistosas, antes de convenir celebrar una partida por correo. El correo postal es una modalidad fascinante. Haces una jugada, se la haces llegar a tu rival por correo, y esperas ansioso su respuesta, torturándote y especulando con las posibles réplicas y contrarréplicas, reproduciendo una y otra vez la posición y analizando las variantes con insistencia machacona. Aquellas inolvidables semanas, un cerebro obsesionado dirigía un cuerpo disperso. Perdí la partida porque en mi afán por analizar sus posibles respuestas y durante los análisis en los que movía aceleradamente todos los trebejos, olvidé colocar una pieza en su posición real, y jugué el resto de la partida inconsciente de que aquel alfil no estaba en h6, sino en f4. Pero fue maravilloso.

Lamentablemente sólo fue eso: una fugaz imagen de MI dama tras la luna. Volví a mis ocupaciones y obsesiones del momento, y pasarón algunos años antes de nuestro reencuentro definitivo.

BLOG 6 REENCUENTRO: LA FERIA DEL LIBRO

“Ante ciertos libros uno se pregunta: ¿quién los leerá? Y ante ciertas personas uno se pregunta: ¿qué leerán? Y al fin, libros y personas se encuentran.”
Andre Gide.

En la primavera del año 95 una avería en su vehículo obligó a nuestro personaje anónimo a transitar las calles de Valencia. Tropezó con las casetas de la Feria del Libro. Tenía prisa y marchaba apresuradamente entre el gentío, esquivando peinetas de falleras y convulsivos lectores cuya curiosidad obstaculizaba el angosto paso. El carrito de un bebé le sale al encuentro y debe detener su marcha. Mira a derecha e izquierda buscando un atajo, murmurando “disculpe, me permite, gracias”, pero el bloqueo es insalvable, de momento. Se detiene junto a una parada concurrida. Logra hacerse un hueco que lo aproxima al stand bibliográfico. Y entonces, cuando menos lo esperaba, Caissa le guiñó un ojo.

La portada del libro revela su contenido. Un tablero de ajedrez poblado de piezas de madera. Es el tomo II del “Tratado General de Ajedrez” de Roberto Grau. Nuestro personaje no sabe explicar el motivo. Sólo recuerda un impulso irresistible de alargar la mano hacia el libro, de olfatear el aroma a tinta, de ojear su contenido. Lee, al azar, un fragmento del encabezamiento del primer capítulo: *“La creencia de que el ajedrez es un juego complicado, no ha logrado ser desalojada de la mente de los profanos...En realidad, el ajedrez no es ni más ni menos complicado que la mayoría de las especulaciones mentales que hacen las delicias del hombre desde siglos atrás”*.

Nuestro personaje pregunta por el precio. Ciento noventa y cinco pesetas. Una ganga. ¿Los volúmenes tres y cuatro?, al mismo precio. Tres gangas. Nuestro personaje duda unos instantes y satisface el pago de toda la colección. Falta el volumen uno. Posteriormente lo adquiriría en una librería especializada por su precio de venta al público habitual, 1600 pesetas.

Aún hoy no estoy del todo seguro de que realmente Caissa no fuera una hechicera disfrazada de fallera que le observaba desde la lejanía, quizás meneando graciosamente su naricilla, quizás agitando disimuladamente su varita mágica, quizás pronunciando secretos sortilegios con los que subyugar a su víctimas. Pero nuestro personaje ya no tiene prisa. Tropieza con el carrito del bebé, con un ninot indultado y con su pasado perdido, mientras ojea con avaricia su tesoro encuadernado.

Y al día siguiente volvió a la Feria del Libro (cita anual inexcusable, desde entonces), en busca del primer volumen de la colección, que no encontró. Pero bajo el brazo se trajo “La Tabla de Flandes” de Pérez Reverte y una tonelada de ilusiones olvidadas.

Julio César narraba en tercera persona su “Guerra de las Galias”. Yo lo hago porque, sinceramente, a duras penas puedo reconocerme a ese personaje que fui antes de esta epifanía.

BLOG 7 LIBROS, LIBROS, LIBROS

“Si el libro que leemos no nos despierta de un puñetazo en el cráneo, ¿para qué leerlo?...Un libro tiene que ser el hacha que rompa nuestra mar congelada”

Leí “La Tabla de Flandes” en menos de dos días...,la primera vez. Y cuando llevaba tres relecturas dije basta.

Desempolvé mis recuerdos y mi viejo tablero magnético. Lo necesitaba para seguir la apasionante partida retrospectiva que allí se narra, y para armarme con toda la sabiduría del “Tratado” de Grau. Pero pronto comprendí la necesidad de agenciarme un tablero de dimensiones algo mayores. Mi primer tablero “grande” fue un *standar* con piezas de plástico. Aún tardaría algunos años en ser capaz de apreciar los Staunton de madera que tan agradables sensaciones táctiles me reportan. Tocar madera y saber apreciarla, es un privilegio de los mejores. No es retórica gratuita. En los torneos de empaque suelen colocarse los juegos de madera en los primeros tableros, allí donde juegan los mejores ajedrecistas, mientras que los demás suelen ser de plástico, mucho más numerosos y baratos. Si quieres gozar de la madera, has de ganar ¡Cómo deseamos tocar madera!

Pero no quiero desvariar. Leí encantado el “Tratado” y “la Tabla”. Y lamenté que la feria del libro ya no alegrara nuestra Gran Vía, porque adquirí a precio normal “La defensa” de Navokoff, “Un combate” de Suskind, “La torre herida por el rayo” de Arrabal y “Novela de ajedrez” de Zweig. Y desde entonces tengo la macabra duda de si preferiría que me sacasen los ojos y no poder leer, o que me cortaran las manos y no poder jugar al ajedrez. Estúpida pregunta retórica, porque ambas cosas pueden hacerse sin ojos y sin manos, como más adelante explicaré. Pero lo cierto es que, unidos de la mano, el reino de Caissa y la literatura me sedujeron, y desde entonces no he podido (¡ni querido!) pasar una sola semana sin algún nutrimento literario o escaquístico. Miento, tengo el récord en ocho días. Pero fue un infierno que procuro no rememorar. Disculpadme.

Cuando me preguntan cómo me metí en el mundillo ajedrecístico nadie cree que fue por la literatura. Y cuando me preguntan por qué comencé a escribir, nadie cree que es culpa del ajedrez. Pero es cierto. Ambas cosas.

La única diferencia es que legiones de lectores son capaces de disfrutar y/o valorar la calidad de una obra literaria, pero pocos comprenden que el ajedrez trasciende los límites del frívolo pasatiempo para adentrarse en el mundo artístico.

En este blog difícilmente podré convencer al lector de ello. Pero lo intentaré con todas mis fuerzas en la novela “El hechizo de Caissa”.

Mis ocupaciones laborales me llevaron a la Ciudad Condal. Asistía a un curso de formación por la mañanas y disfrutaba de mis vicios (ya lo eran) y lecturas (vocablo redundante, pues también son viciosas) por las tardes. No recuerdo dónde ni por qué, pero la segunda tarde de aquella semana inolvidable, cansado de escuchar aburridas ponencias, salí a pasear. Soplaban un viento molesto que arrastró mis huesos hasta un bar esquinero que hoy no sabría localizar, si es que aún existe.

Nada más entrar percibí un extraño olor a porfía ajedrecística. Los que no son esclavos de Caissa no saben qué es eso. Pero los ajedrecistas poseemos un sexto sentido que nos hace presentir la existencia de un tablero, y podemos percibir telepáticamente los cálculos de variantes en el aire. O eso, o simplemente aluciné cuando vi decenas de tableros dispuesto en mesas cuadradas y toda una feligresía de fumadores de habanos y cafeteros porfían bajo las vestiduras de la diosa.

No quiero hacer una descripción del local, aunque sí indicaré que en él me inspiré para la localización de uno de los escenarios principales de la novela “El hechizo de Caissa”. Sólo os diré que pasé una tarde maravillosa, que aposté el café y lo perdí, la copa y la gané, el habano de mi rival y lo volví a perder, y que de tanto apostar cafés no pude pegar ojo en toda la noche. ¿Resistencia cafeínica o hiperexcitación caissística?

Años más tarde volvía Barcelona con mi familia. Visité La Sagrada Familia. Busqué “El oro Negro”, nombre que recuerdo de aquel Paraíso. No lo encontré. Y lloré. Y mentí a mis hijos diciéndoles que mis lágrimas se debían a la emoción que me causó ver tan insigne monumento. Pero la emoción que nos causan los lugares no las provocan sus piedras, sino las vivencias que en ellas experimentamos.

Si algún lector de este blog conoce el lugar, le ruego me envíe la dirección a mi email, o lo ponga en un comentario a este post.

Sólo me queda añadir que no obtuve el certificado de horas del curso de formación. Era de asistencia obligatoria.

BLOG 9 Ocho por Ocho

“El conocimiento teórico es un tesoro cuyo llave es su práctica”

Thomas Fuller.

Me dijo en una ocasión un amigo que una partida de ajedrez era un combate de artillería donde quien más munición tuviera mayores posibilidades de éxito tendría. “¿Munición?”, pregunté yo. “Sí, conocimiento teórico”. “Y entonces, ¿qué es la práctica?”, insistía yo. “La práctica es la puntería del artillero.”

Una de las características de un auténtico iniciado es su asunción de la necesidad de estudio teórico. Y es una dura lección que hay que aprender rápido (aunque nos repugne), so pena de recibir burdos mates, de perder calidades, caer en celadas y perder la paciencia ante la sabiduría de los rivales. ¡Si no puedes vencerlos...! Actualmente es impensable un talento improvisador capaz de doblegar una buena preparación teórica. Por mucha puntería que tengas, antes o después te quedas sin munición. Así que los esclavos de Caissa sabemos que antes de destriparnos los sesos en ecuaciones de segundo grado tenemos que saber la tablas de

multiplicar. Especialmente la tabla del ocho, claro.

Pero los libros de teoría son monótonos, tediosos y pesados. Y pesados. ¿He dicho pesados? Sí, Pero esta vez me refería a la magnitud física. Por eso, cada mes acudía emocionado al kiosco en busca de una fabulosa revista llamada, precisamente, “8x8 Teoría y Práctica”. Después de los Grau, esta publicación tan añorada fue mi auténtico maestro. Me encantaban las secciones de problemas, de táctica y de pasatiempos. Sus contenidos eran prácticos, divertidos y poco pesados (en ambos sentidos). Pero lo mejor de todo es que el formato de la revista era muy manejable. Del tamaño de un libro, del peso de una cuadernillo, de la flexibilidad de una pequeña cartulina y de la portabilidad de una agenda. Se podía doblar y enrollar y cabía en cualquier escondrijo de mochila, bolsillo o ropaje. Con el 8 x 8 podías ir al fin del mundo sin que te resultara pesado. En el autobús, en el tren (incluso cuando tocaba hacer equilibrio en el descansillo), a veces en el salpicadero del coche esperando la luz verde del semáforo, disimulado entre las páginas de un libro de texto, e incluso en una ocasión ascendí un puerto de montaña en bicicleta mientras solucionaba los problemas de nivel 3. “Blancas juegan y ganan” “Tema: desviación de la defensa” Y el gustazo de resolverlo sin mirar la solución forjó mi capacidad de cálculo y engordó mi ego unas cuantas toneladas. A veces era mucho más nutritivo que incluso la victoria en una partida.

Posteriormente hubo otras publicaciones de similares características, Jaque Práctica, por ejemplo, pero a mí siempre me quedará ese regusto dulzón de cuando se aprende en los inicios del camino, con mi 8 x 8 siempre en la mochila, bolsillo o incluso en el refajo. ¡Era tan práctico!

BLOG 10 EL MATCH RELOJ

“Consulta el ojo de tu enemigo, porque es el primero en ver tus defectos”

Antistenes.

Pero no había munición que pudiera compararse con el placer del juego. Es por ello por lo que tanto estudian los ajedrecistas, por el placer lúdico que da el enfrentamiento directo con un adversario de idénticas aspiraciones. El agon. La lucha frente al tablero.

Muchos ajedrecistas disfrutaban del ajedrez de torneo, de las jornadas maratónicas jugando contra ocho o nueve rivales diferentes, y las elucubraciones derivadas de los sistemas de desempate o del ambiente de decenas de mesas de juego desperdigadas en amplias salas, de árbitros paseantes y mirones escrutadores, de anécdotas, de variedad y de tablas clasificatorias complacientes con sus expectativas. Pero como mis lectores ya saben a estas alturas del relato, yo llegue a Caissa de la mano de un libro, aquel enfrentamiento en match dual entre Botvinnik y Mijail Tahl (acabo de dejar el teclado, levantarme de mi asiento y hacer una respetuosa reverencia al pronunciar calladamente su nombre). Por ello mi modalidad preferida es el match individual en el que te enfrentas varias veces a un mismo rival, alternando piezas blancas y negras a cada partida. Es un ajedrez donde cabe la preparación de aperturas, la sorpresa en los planteos, la dualidad de estilos y el análisis preparatorio. Una modalidad donde la cara de tu rival te dice si tus primeros movimientos le han sorprendido o has caído en su trampa, donde tu preeminencia estilística va más allá del deseo puro de la victoria. Es mi modalidad preferida porque ilustra perfectamente el simbolismo dual y maniqueísta del juego, donde no hay terceros ni resultados colaterales que influyan, donde haces de tu rival un amigo a fuer de verle la cara día a día.

Y yo soñaba con poder jugar un match al estilo del que había leído en ese “Ajedrez Magistral” de Tahl (nueva reverencia). Mi gran amigo, Cicerone Koga me lo brindó. Y de qué forma. Su estilo de juego y su repertorio de aperturas era muy similar a la solidez del campeónísimo Botvink (el malo malísimo de mi acelerada imaginación). Y mi ídolo era Mijail Tahl (¿alguno lo duda a estas alturas?). Era perfecto. Y era falso, porque el estilo de juego que pretendemos imitar nunca suele corresponderse con nuestra verdadera capacidad, salvando obviamente todas las distancias. Pero eso yo no lo sabía entonces. Sólo sabía que podía soñar despierto en un tablero. Fantasía hecha realidad.

Como no disponíamos de reloj de ajedrez, decidimos que ese sería el premio. Lo pagamos a medias y el vencedor del match se lo quedaría. Lo bautizamos, lógicamente, “El match reloj”. Jugaríamos diez partidas, domingos por la tarde, cada vez en casa de uno de los dos. Y no recuerdo si teníamos algo previsto en caso de empate, pero no hizo falta. Jugamos un ajedrez de principiantes con ropajes de profesionalidad, tablero de madera, copa de licor, silencio, amistad compartida, agon rezumando entre nuestras sonrisas y empatía blanquinegra tiznada de camaradería eterna. He jugado miles de partidas desde entonces y me cuesta trabajo recordar una huella tan imperecedera como la que marcaron todas esas sensaciones añadidas. Jugamos un ajedrez burdo, plagado de errores por ambas partes, lo sabemos ahora después de analizar las partidas anotadas, pero aquel match marcó el inicio de mi “historial de recuerdos ajedrecísticos”.

¿Por qué te estás preguntando quién ganó? Lo importante es todo lo demás. ¿No has atendido a mis explicaciones?

BLOG 11 EL CLUB

“La unión en el rebaño obliga al león a acostarse con hambre” Proverbio africano.

Cerrando los ojos podía jugar los primeros diez movimientos de cada partida.

Invariablemente Cicerone Koga jugaba los mismos esquemas de apertura, las mismas variantes. Vaya monotonía, pensé. Pero no tardé en darme cuenta de que también yo jugaba los mismos movimientos iniciales. Llegábamos a posiciones del medio juego casi siempre de la misma forma, y un día comprendí que yo no jugaba los movimientos adecuados, los correctos, sino los que sabía que serían respondidos de igual manera, los que sabía que molestaban más a mi Cicerone. Jugaba un ajedrez PARA él. Podía prever sus movimientos, porque siempre jugábamos lo mismo. Y yo también.

No quiero ser pesado con el drama del ajedrecista, pero se trata de esto: es un juego dual donde necesitas un adversario. Y cuando ya te conoces al dedillo al rival, has de buscar otro, y otro, y otro, so pena de morirte de aburrimiento y hastío a fureza de repetir siempre las mismas jugadas.. Y no es una crítica hacia mi mentor y amigo, porque yo también hacía lo mismo. Ambos necesitábamos un elemento indispensable en los enfrentamientos duales: la variedad. Pero él fue más listo, y la encontró antes.

Se conoce que por aquel entonces Cicerone Koga entabló relaciones con un club de ajedrez local, llamados “Los Xuferos”. Jugaba de vez en cuando en aquel club y, curiosamente, cuando lo hacía conmigo comencé a detectar cambios inimaginables pocas semanas atrás. Ya no respondía con los mismos movimientos a mis aperturas. De vez en cuando cambiaba sus planteos, enrocaba largo o no lo hacía, atacaba desesperadamente o defendía con solidez

inusitada. Había cambiado su estilo. Se había vuelto versátil y camaleónico. Era un jugador más completo. Había fagocitado aprendizajes del exterior. Había sido infiel a nuestro monótono toma y daca. ¡Me estaba poniendo los cuernos! y yo podía oler el perfume de sus amantes en sus jugadas.

Y aquella relación (ajedrecística) de pareja tan íntima y exclusiva amplió sus horizontes cuando mi Cicerone me arrastró hasta el club “Los xuferos” y pude disfrutar de una auténtica orgía. Una necesaria promiscuidad lúdica. Una docena de jugadores nutrieron mi formación a base de cambiar continuamente sus planteos, sus repertorios de aperturas, sus estilos de juegos. El serio y correcto desarrollador, el finalista fino, el sacrificador compulsivo, el teórico irredento, el ... Los había combinadores y sólidos, timoratos y desvergonzados, ataques de flanco y de risa, defensas numantinas y desesperadas, sabios y aprendices, gambiteros y rocas, amigos y..., amigos.

Bienvenido al club, dijeron. Bienvenido a la variedad, pensé. Cicerone y yo habíamos roto nuestro estricto encorsetado bipolar y ahora tocaba socializar nuestras piezas. Y todo lo que aprendí con Koga ahora podría multiplicarse exponencialmente. Aquel club era una autopista en la que podría acelerar mi progresión en el conocimiento de Caissa. Y cada diez kilómetros podía encontrar una salida, otros clubes, o una estación de servicio, los torneos oficiales, donde repostar mi depósito de ansia de conocimiento.

Curiosa paradoja. Para aprender el juego más dual que existe, es necesaria la multiplicidad de adversarios. Para focalizar, hay que abrir la mente a la variedad. Para encontrar el árbol de la sabiduría, hay que adentrarse en el bosque. En el edén.

BLOG 12 ¡A LA ARENA DEL CIRCO!

“ Sin dolor no se forma el carácter; sin placer, el espíritu” Ernest von Feuchstersleben .

Tras el juego infantil, el ajedrez cafetero, la literatura ajedrecística y el club, llegó el siguiente peldaño en la escalera de la lógica progresión ajedrecística: la competición.

Soy de los que piensa que todos nacemos juguetones (homo ludens, hombre jugador) pero sólo algunos nacen competidores. El agon como elemento propio de la especie humana tiene sus límites. Y el límite más evidente es el que marca el estricto reglamento que planea sobre las salas de torneos. Jugar ajedrez es una cosa -una delicia-, y competir en un torneo es algo muy diferente. Y sin embargo, aunque yo promociono el componente lúdico el ajedrez sobre todos los demás, reconozco que no se es un ajedrecista completo si no se ha competido. No se calcula igual, no se siente la espada de Damocles en forma de mirada inquisitiva de espectadores o tictac del reloj, no arriesgas ni sacrificas tus piezas igual, no respiras igual, no imaginas igual. Porque no es lo mismo. Y para poderme meter en la piel de los personajes de “El hechizo de Caissa” yo tenía que saborear las mieles (al principio muy amargas, luego más dulces, ¿o es al revés?) del ajedrez competitivo.

El torbellino de acontecimientos y experiencias ajedrecísticas que me poseía (una doble vida, para qué negarlo) no podía prescindir de esta escala obligatoria. Al principio fueron sólo unos torneos de partidas rápidas a 25 minutos, individuales y en sistema suizo -jugando casi siempre con rivales de nivel parejo-, pero aun así, pronto descubrí cambios significativos en mi fisiología interna: los nervios me invadían como hidras, la vejiga urinaria se independizaba sin previo aviso y hacía vida propia, la memoria galopaba alocadamente y la conciencia se iba

de vacaciones, y descubrí un órgano fantástico (en el sentido literal de la palabra) que me producía cosquillas en las victorias y me flagelaba con dureza en las derrotas. Me recordó esa histórica búsqueda histiológica del alma. No sé dónde está localizado ese órgano en nuestra anatomía, pero sé que está ahí. Produce abatimiento e hiperexcitación por igual. Y os aseguro que es un dolor físico diferente al que nunca sentí. ¡Duele!

Muchos deportistas me dirán que eso es propio de la competición, per se. Yo les digo que he practicado muchos deportes, de todo tipo, colectivos, individuales, de contacto, de riesgo, a cierto nivel competitivo, y nada es comparable a un torneo ajedrecístico. Ese misterioso órgano existe, os lo juro. Yo lo tengo ahí dentro, y los personajes de “El hechizo de Caissa” también. Tú, que me lees, ¿crees que existe? Esperaré ansioso vuestros comentarios.

BLOG 13 COQUETEANDO CON CAISSA. EL PRIMER BESO.

“La decisión del primer beso es la más crucial en cualquier historia de amor, porque contiene dentro de sí la rendición.” Emil Ludwig.

Competí en el torneo individual y pronto descubrí que la competición lleva parejas muchas sensaciones y condicionantes que nada tienen que ver con la técnica o el puro goce lúdico. Me acompañaban en mis partidas mi prima la responsabilidad, y otro pariente lejano, el miedo a la derrota. Lejos de reconfortarme, me atenazaban. Pasaron muchos años antes de que me acostumbrase a su presencia, y muchos más antes de que los despidiera con cajas destempladas. A veces los veo observarme desde lejos, pero saben que no quiero que se acerquen a mi tablero.

Resulta curioso que de aquellos primeros años de torneos sólo recuerdo vivamente una cosa: mi primera combinación de sacrificio. Desde entonces he realizado otras, bastante más meritorias e imaginativas, pero claro, aquella fue la primera, y ni siquiera fue muy original. Fue un esquema que los ajedrecistas llaman de “molino”, sacrificando la dama para entrar en la séptima fila del tablero con una torre apoyada por un alejado artillero, digo alfil, que iba barriando todas las piezas del rival alternando jaques descubiertos y capturas a cada jugada. Estéticamente muy bonito, pero carente de todo mérito creativo, como cualquier ajedrecista medio sabe. Cuando se conoce a Caissa, no basta con hacer las cosas bien o bonitas, sino además hay que ser original, o eres un simple mono repetidor. Pero claro, el arte de la creación ajedrecística es eso: un arte. Y entonces (¡y ahora!) estaba a años luz de eso. Obviamente aquella vez esto no lo sabía. Sólo recuerdo una sensación extraña, un goce indescriptible que brotaba de mi interior y un paroxismo que me impulsaba a gritar (a punto estuve de hacerlo en aquella sala atestada de silenciosos pensadores) sin vergüenza. Salí de aquél local tambaleándome de placer, orgulloso, ufano. Sin darme cuenta de que aquello fue el principio de mi derrota. Todas las amarras que me alejaban del mundo real se rompieron y caí indefectiblemente en el abismo de Caissa.

Mi primera borrachera. Mi primer beso. Mi primer gol. Mi primer orgasmo. Mi primer sacrificio de dama. ¿Mi primer libro? Sin considerar condicionantes externos, trascendencias adultas, y la relatividad del momento, ¿con cuál me quedo? ¿Con cuál se quedaría Marcos?

¿Que quién es Marcos? Tendrás que leer “El hechizo de Caissa” para averiguarlo.

BLOG 14 LA BIBLIOTECA.

“Por el grosor del polvo en los libros de una biblioteca pública puede medirse la cultura de un pueblo.” John Steinbeck.

Asiduo visitante de la biblioteca pública, siempre me sorprendió buscar los libros de ajedrez en la sección de arte y encontrarlos en la de juegos, deportes y aficiones. Y creo que esa es una de las razones ocultas, uno de los inalcanzables objetivos soterrados de “El hechizo de Caissa”: reivindicar el puesto que le corresponde. Es obvio que no lograré mi propósito, y no diré una mala palabra contra los responsables bibliotecarios. Sólo puedo agradecerles todos sus esfuerzos por hacernos -a todos los ciudadanos- más felices, más sabios, más educados, más formados, y más personas. Pero me consta que mi pasión por la lectura no está tan extendida como a mí me gustaría creer, y ésta puede ser una opinión exagerada y poco popular.

Aún así, creo estar en deuda con la biblioteca pública por tres motivos. El primero es obvio: allí amplíé mis conocimientos ajedrecísticos y me convertí pronto en un constante usuario de la sección de préstamo. Creo haber leído todos los libros de ajedrez que allí se ofrecen al préstamo. Todos. Especialmente útiles fueron las narraciones históricas (“Viaje al reino del ajedrez”, por ejemplo). Y hoy, que tan extendida está la creencia de que Google es el oráculo de Delfos que todo lo sabe, yo sigo afirmando que una biblioteca pública reporta, no sé si más o menos, o mejor o peor información, pero sin duda unas vivencias formativas insustituibles, nada que ver con la frialdad de un monitor. Mi proceso de documentación para “El hechizo de Caissa” hubiera sido muy diferente -y estoy seguro que bastante peor- sin mis periódicas visitas a la biblioteca. Cierto es, quienes lean la novela lo descubrirán, que los datos históricos son casi anecdóticos en la trama, pero su conocimiento era imprescindible, y apenas he referenciado un par de episodios del extensísimo y fabuloso anecdotario de la historia del ajedrez. Pero ya se sabe: el vértice de la pirámide lo sustentan toneladas de granito.

El segundo motivo es de carácter sentimental: salvo el elevado reducto de mi buhardilla, no he encontrado un lugar con mayor paz y donde se respire tanta “quietud literaria” como mi querida biblioteca. Y me cuesta reconocerlo pero creo que los pasajes más bellos y logrados de “El hechizo de Caissa” los escribí allí. No sabría explicarlo. El silencio, la enormidad bibliográfica escoltándome, el olor a vetustas encuadernaciones,... Mi cuñado dice que soy un romántico en este asunto. No sé. Pero es cierto. La biblioteca “me pone”. En la novela hay un pequeño homenaje a las bibliotecas. Auténticos templos de saber.

Y la tercera razón es decisiva. Un día, cuando retornaba a la salida tras el infructuoso esfuerzo por encontrar un libro de ajedrez que aún no hubiera leído en la sección de préstamo, me encontré accidentalmente en la sección de “novela por autor”. Letras M-P. Supongo que había inhalado demasiado efluvio a tinta y estaba algo aturullado. Me entretuve observando los lomos de los volúmenes. Anteriormente ya narré la epifanía que me llevó hasta el mundillo ajedrecístico. Allí experimenté una segunda revelación bibliográfica. “El primer hombre de Roma” de Collen Mc Cullough. Un tocho de casi mil páginas de novela histórica que, lejos de repelerme, me atrajo. Estuve quince minutos allí, de pie entre las estanterías, sin percatarme que la ojeada de prueba se había convertido en la lectura de las primeras páginas. Y ya no salí de la sección de préstamo con las manos vacías.

Y ya me salvé del autismo ajedrecístico. Y ya diversifiqué mis lecturas. Y ya sembré el germen de una afición lectora, de un género vicioso – la novela histórica-, que me hacía gozar con una intensidad insospechada (aunque de diferente forma que el ajedrez). Y sin saberlo, aquél fue el primer paso hacia la escritura del hechizo. Porque no hay escritor que no sea previamente lector. Lector, lector.

Aquel episodio me encaminaría, años más tarde y por motivos que más adelante narraré, hasta *el Creyente.*, quien luego se convertiría en mi amigo y guía. Y en el padre putativo del *hechizo.*

BLOG 15 PROMISCUIDAD.

“Hay que ser infiel, pero nunca desleal.” Gabriel García Marquez.

Uno de los rasgos idiosincrásicos del ajedrecista, eso lo aprendí pronto, es su amor por un esquema de desarrollo de las piezas, lo que los iniciados llaman aperturas. Sobre ellas hay todo un negocio editorial (decenas de monografías se publican cada año), todo un campo de aprendizaje y estudio específico, y yo casi diría que un dogma rayano en el culto místico. Esto puede parecer una exageración para los neófitos, pero los iniciados estamos cansados de leer expresiones del tipo “espíritu de la apertura” o “mística de la apertura”. O sea, esa relación que se establece de confianza mutua entre un humano y un conjunto de jugadas más o menos preestablecidas con sus correspondientes variantes, que se fundamenta en la experiencia y la comodidad de la posición.

De hecho, un porcentaje muy alto del conocimiento del rival es el conocimiento de su repertorio. El “¿qué juega?” es la pregunta en argot que nos dice que tipo de jugador es mi adversario. Y así, el acervo taxonómico nos lleva a hablar de “jugadores sicilianos”, de “caballeros de gambito de rey”, “de jugadores indios”, etc... Y ello se corresponde, simplemente, con datos estadísticos; ese jugador juega apertura española con blancas el ochenta por ciento de las veces, con negras siempre plantea india de rey o berlinesa., y así. Pero internamente la relación entre el jugador y sus aperturas favoritas, es mucho más. Es una relación de amor incondicional. La apertura es una novia. Hay una primera novia (y apertura inicial), hay aventurillas amorosas ocasionales (y aperturas excepcionales), y hay amores recurrentes (y aperturas inolvidables), y ¿quién no ha tenido una novieta feucha pero que le daba morbo? (y aperturas reputadas como flojas pero con las que alguna vez te lo has pasado genial). Hay jugadores fieles. Y los hay promiscuos. Mea culpa.

Al principio fue curiosidad, o simplemente impaciencia porque achacaba mis derrotas a la flojedad de la apertura elegida. Luego me impuse el conocimiento de un amplio abanico de aperturas porque el proceso de documentación me exigía “dominar” casi todas las aperturas. Y debía vivir mi particular “mística” con alguna, tener ocasionales aventurillas extramatrimoniales, e incluso frecuentar algún burdel en la marginalidad de las aperturas de flanco.

Sería complicado, dado mi dilatada trayectoria, decir cuál de todas fue mi esposa. Pero de toda esta promiscuidad, puedo sacar un par de conclusiones claras. La primera es que perjudicaba seriamente mis resultados deportivos, pues es conocido el famoso axioma de que “más vale poco conocido que mucho por conocer” (lo he adaptado un poco al mundo ajedrecístico), y es obvio que diversificar esfuerzos en el estudio de las aperturas nunca es una decisión correcta desde el punto de vista práctico. Pero claro, mi prioridad nunca fueron los resultados deportivos y yo siempre desprecié (así me fue) el estudio de aperturas. Y la segunda consecuencia es que mis rivales tenían muy complicada la preparación cuando jugaban contra mí. Porque juego con relativa frecuencia francesa, escandinava, portuguesa, siciliana, española, Londres, Budapest, orangután, dragón... No es una clase de geografía ni de biología: es una locura de repertorio.

Y toda la promiscuidad que nunca experimenté en mi vida real podía hacerla realidad en mi

vida imaginada, esa que el tablero me estaba ofreciendo.

BLOG 16 EL PUNTO G.

“La mente también puede ser una zona erógena” Rachel Welch.

Mentiría si dijese que no me importaba ganar o perder. Es un bonito lema, muy educativo, pero el agón no atiende a razones, sino a impulsos. Y el impulso de victoria es de los más fuertes. Así que muchas veces jugaba un ajedrez aburrido pero efectivo, correcto pero insulso. El ascenso de mi nivel de juego (siempre a nivel aficionado aunque participando en competiciones federadas) me compensaba parcialmente de todos los esfuerzos, pero cuando realmente me sentía recompensado por la diosa era cuando lograba disfrutar de una partida divertida. Es una de las exigencias divinas más duras de asumir: por cada mil partidas aburridas aunque correctas, una la disfrutas realmente. Y cuanto más aprendes, más exigente te vuelves para disfrutar realmente de una partida. Porque llega un momento en que la belleza debe ir pareja a la corrección, y a veces eso es complicado de combinar, y más aún para un aficionadillo del montón. El famoso mito de los caballos alados del carro de Platón, cada uno estirando en una dirección, el uno hacia el juego bello (la pasión), el otro hacia el juego correcto (la lógica). Esta dicotomía bipolar será protagonista de trasfondo en la novela “El hechizo de Caissa”.

Aunque tardé algunos años en aceptarlo (porque el agón es una fuerza muy poderosa), en un momento dado decidí dejarme llevar por el caballo pasional. Tiré de las riendas con fuerza e inmediatamente comencé a perder puntos ELO (el sistema de categorizar numéricamente el nivel de los jugadores), partidas y algo de autoestima. Pero, en compensación, Caissa me recompensó con algunas brillantes victorias cuyo recuerdo hará olvidar para siempre todas las derrotas, aunque a mi equipo eso pudiera no convencerle. ¿Valía la pena?

Sí. Durante una época busqué obsesivamente el punto G de la diosa. Y hoy estoy absolutamente convencido de que es una etapa o estilo que todo ajedrecista debería experimentar. Amar a Caissa exige tener un poco de desparpajo para hacerla gozar con alguna locura. Fegatello, Allgaier, Halloween, Pereyra, Portuguesa, y el espectro de esa maravillosa combinación que Deep Blue le ganó a Kasparov en la Caro-kan. A los no ajedrecistas, tranquilos. Sólo enumeraba divertidas aperturas tan incorrectas como ambiciosas. Todas buscan el punto G de la diosa.

Ajedrez no es sexo, claro. Pero a veces es un excelente complemento, y la estrategia para llegar a Caissa pasa por atreverse a maniobras amatorias igualmente arriesgadas.

Espero ansioso vuestros comentarios al respecto.

BLOG 17 LA SEMILLA.

“El pensamiento es la semilla de la acción” Ralph Waldo Emerson.

Una tarde de mayo mis obligaciones laborales me llevaron hasta la platea de una función de teatro escolar. Yo no era nada aficionado al teatro (¡bastante tenía con mis otras obsesiones!) y esperaba un espectáculo mediocre y soporífero. En su lugar, descubrí una excelente

compañía teatral nutrida con la materia prima de alumnos del primer curso de bachillerato. Quedé gratamente sorprendido. Al año siguiente, la sorpresa dio paso a un sentimiento de admiración incondicional después de presenciar una maravillosa obra, si cabe todavía más sorprendente. Una delicia para la retina. Risas, bailes, diálogos vivos, frescos e ingeniosos, compenetración actoral, tablas, tramoya de calidad, montaje audiovisual esmerado, dirección sobresaliente, y una chispa de genialidad en el escenario que inundó sin piedad el patio de butacas.

Al llegar a casa, no sé que demonio me poseyó y escribí lo que burdamente podríamos llamar una crítica teatral, pero realmente fue un desahogo necesario. La titulé “Lección de semántica” porque aquel grupo de alumnos me habían demostrado el significado de la palabra arte.

Cayó el escrito en manos del director de la función, y allí mismo nació una amistad indestructible. Y queréis saber una cosa: ¡además jugaba al ajedrez! Los caminos de Caissa son inexcrutables.

Al año siguiente volví al teatro. Y al otro, y al otro. Y ya se convirtió en costumbre que escribiera la “crítica” (que nunca fue tal) teatral. Y cada vez que escribía aquellas breves columnas, alimentaba mi goce por la escritura. Aquellos escritos fueron la semilla del *hechizo*, y sólo el saber que había gustado a los lectores (casi todos eran los alumnos que hacían la función) me animó a escribir. A escribir eso, y otros documentos que poco a poco fueron cimentando mi afición a la escritura y mi estilo. Pero sin duda ese fue el principio.

Años más tarde mi amigo el “director” (en adelante así me referiré a él) se convirtió en un excelente “alter ego” ajedrecístico, y no pocas partidas jugábamos saboreando un helado en la terraza o el clásico “granizado de limón”. Y un año, me hizo llorar. Fue el año que me homenajeó en el escenario de su función teatral representando una partida de ajedrez entre dos adversarios “famosos”. Uno se llamaba como un servidor. El otro, ¡Mijail Tahl! (Lágrimas contenidas cayendo sobre el teclado). El público no entendió el mensaje. Yo nunca hubiera podido imaginar cumplir un sueño imposible de forma tan deliciosa como esa.

Pero, recuerdos lacrimógenos aparte, de todo aquello hay que sacar una conclusión evidente: esos escritos fueron el inicio de mi afición escritora, y comencé a fantasear con la idea de producir algo más laborioso y extenso que aquellas breves reseñas teatrales. ¿Sobre qué podía escribir?

No me costó demasiadas décimas de segundo elegir el tema. Tenía la autoestima alta, el motivo seleccionado y una firme determinación de hacerlo. Y creedme, esto último es lo único que hay que tener para abordar cualquier empresa. Aunque todavía no sabía que sería *el hechizo*, sabía que algo iba a escribir.

BLOG 18 ¡MAMÁ, DUELE!.

“Todo fracaso es el condimento que da sabor al éxito” Truman Capote.

Uno-guión-cero. Derrotado.

Cero-guión-uno. Derrotado, con blancas.

Y venga a sumar derrotas.

El pecho se encoge.

Las sienes te duelen.

Ignoras las miradas inquisitivas de tus compañeros de equipo.

Olvidas la cena que tenías programada.

Soportas estoica y deportivamente el ego de tu adversario, que intenta analizar tu desastre.

Buscas excusas, ese despiste, ese reloj que iba tan rápido, ese ruido que me ha desconcentrado.

Y allá dentro, no sé muy bien dónde, duele.

No te has caído en un lanzamiento rectificado desde el extremo, ni has chocado con el poste en un remate de cabeza, ni te has torcido el tobillo al cazar ese rebote. Pero duele.

Es un dolor indescriptible, probablemente íntimamente relacionado con la esencia misma de la lucha ajedrecística, la lucha de voluntades e intelectos (¿soy tonto?), donde no hay responsabilidad compartida, ni inclemencias meteorológicas, ni árbitro cegato... Sólo tu incompetencia cognitiva. Y eso duele. La autoestima está esperando el resultado pacientemente durante toda la partida, para deshincharse o crecer, según los casos. Y luego está el dolor ¿ya lo he dicho?

Sólo me queda añadir que el dolor desaparece lentamente (suele durar una semana, más o menos), que es físico, que no tiene cura, y que es injusto. Porque tus familiares lo sufren subsidiariamente, con tus silencios, con tus ausencias, con tus desesperados análisis en la reclusión excluyente de tu tablero.

En “El hechizo de Caissa”, conoceremos el dolor. No lo dudéis.

BLOG 19 ¡HECHIZADO POR HECHIZAR!

“Algunas veces hay que decidirse entre una cosa a la que se está acostumbrado y otra que nos gustaría conocer.” Paulo Coelho.

Llega un momento en la vida de todo ajedrecista en el que tienes que tomar una decisión definitiva. Es el momento en que comprendes que tu progresión no está estancada, sino que exige nuevos sacrificios. Y tú no puedes más. Has entregado ya demasiado y sabes que para mejorar deberías invertir más de lo que tienes. Más de lo que estás dispuesto. Algunos dicen sí. Y se convierten en Grandes Maestros. Otros dicen sí, y años más tarde lamentan haberlo

perdido casi todo. Y la mayoría saben que la única respuesta conveniente es no. Hasta aquí hemos llegado. Y convierten su progresión ajedrecística en una meseta, con sus partidas sabáticas, con algo de ajedrez de café, con alguna lectura aislada, y la obsesión se torna afición, y Caissa tiene un admirador pero no un esclavo.

A mí me llegó ese momento. Y dije, basta. Pero yo tenía un gusanillo ahí dentro, el gusanillo de escribir sobre el ajedrez. Y comencé, al principio muy inocentemente, casi de cachondeo, y después incluso anotando las ideas, a planificar *el hechizo*. En realidad esto es una burda mentira (aunque suena bien), porque en ese momento aún no estaba realmente convencido de poder hacerlo, ni tampoco se llamaba “El hechizo de Caissa” (EODC eran sus siglas, pero no diré cuál era el título pensado), y ni siquiera la trama de la historia era igual. Pero comencé a planificar mis acciones.

Fase 1: Documentación. Había que saberlo todo sobre el ajedrez. Historia, reglamento, cómo jugar, aperturas, teoría... Eso estaba chupado. Unas cuantas horas de biblioteca y lo que ya sabía, que no era poco.

Fase 2: Conversión. Tenía que ser “ajedrecista”. Tenía que sufrir y gozar como ellos, hablar su argot, sentir como ellos. Aprender como ellos. Entrenar como ellos. Jugar como ellos. Chupado. La mitad el camino ya lo había recorrido, por no decir tres cuartos.

Fase 3: Aunque no tenía del todo clara la historia, sí conocía (¡los llevaba dentro!) cómo quería que fueran mis personajes. Y me convertí en ellos. Jugué como ellos jugarán en la novela, aprendí como ellos aprenderán en la novela, y pasé las mismas etapas que ellos pasarán en la novela.

Fase 4: Personajes secundarios. Tenía que aprender funciones relacionadas no tan evidentes en un ajedrecista, pero cuya experiencia me era necesaria para personificar a mis “hijos literarios”: organización de torneos, escribir sobre ética del ajedrez, comentar partidas, dar lecciones magistrales, organizar al equipo.... ¿por qué? Porque mis personajes harán eso en la novela.

Fase 5: Transformar mi estilo de juego. Lo más duro. Tuve que jugar como jugarán mis personajes. Sobre esto no adelantaré más datos. Al leer la novela comprenderéis (sobre todo los que me conocen personalmente como ajedrecista).

Fase n: a su debido momento continuaré explicándolas. Por ahora, ya va bien.

Y mi obsesión por experimentar todas estas facetas no pasó desapercibida a algunos conocidos, compañeros y a mi peligrosamente decreciente puntuación ELO. Pero yo estaba hechizado por hechizar.

Siempre he sido un buen planificador, pero un pésimo realizador. Ahora toca desmentirlo o confirmarlo con “El hechizo de Caissa”.

BLOG 20 ORGANIZANDO TORNEOS

“Todo acto forzoso se vuelve desagradable.” Aristóteles.

Sería un ejercicio de sinceridad reconocer que la primera fase de mi novela, la

documentación, fue tremendamente agradable, aunque bastante extensa. Había que conocer profundamente el ajedrez y ese es un universo multidisciplinar casi inabarcable. Leerlo todo, saberlo todo, conocerlo todo, era casi imposible. Pero era necesario, al menos mínimamente, experimentarlo todo. Y como todo en la vida, algunas cosas son más agradables que otras.

Una de las que más me repelían era la organización de torneos. Necesitaba conocer los entresijos del asunto, pero pronto descubrí que el aprendizaje obtenido difícilmente compensaba los sinsabores. Porque cierto es que aprendí cómo utilizar las aplicaciones informáticas para organizar los emparejamientos, y experimenté las dificultades organizativas, materiales, horarios, categorías, relojes que no funcionaban, incomparecencias que trastocan las partidas, etc..., pero los jugadores suelen tener muy poca paciencia, son muy exigentes y ¡no digamos los padres de los pequeños ajedrecistas! Cada vez que organizaba o ayudaba a la organización de un torneo volvía a casa cabreado, porque siempre había algún insatisfecho que no estaba de acuerdo con un emparejamiento, con una decisión organizativa o con un resultado (y claro, siempre lo pagan los mismos), preguntándome quién me mandaría a mí meterme en esos embrollos. Pero, un poco por ayudar a mis compañeros de club y un poco por curiosidad, era necesario. Desagradable, pero necesario.

Otras veces organizábamos torneos amistosos entre los compañeros del club. Ahí siempre había comprensión y colaboración. Era mucho más fácil, aunque tampoco llovía a gusto de todos. O el ritmo de juego no contentaba a todos, o unos querían liga y otros eliminatorias, o como es un torneo amistoso no importan las incomparecencias y ni siquiera aviso al organizador (con los graves inconvenientes organizativos que ello siempre supone), que si... En fin, lo de siempre, que pocas veces somos capaces de valorar los esfuerzos que hacen los organizadores, y mola ir a mesa puesta.

Pero todo esto tenía que vivirlo. Y un compañero de club me dijo una vez que a mí me gustaba organizar torneos. ¡Qué lejos estaba de la realidad!

BLOG 21 METAMORFOSIS

“Nadie puede ser esclavo de su identidad; cuando surge una posibilidad de cambio, hay que cambiar.” Elliot Gould.

La inexperiencia hace que a veces tomemos caminos extraños. Ahora confesaré un secreto del “Hechizo de Caissa”: antes de existir la historia, existió el personaje (al menos en mi cabeza). Al menos, uno de los personajes. Recuerdo que me senté frente a un cuaderno en blanco -el cuaderno que siempre me acompañó durante toda el proceso de escritura- y escribí: COSAS QUE QUIERO CONTAR. Fue una lista larga, de la que luego, obviamente, borré la mitad. Pero había una anotación que me obligó a crear un personaje (¡de momento sólo en mi cabeza!). Y ese personaje tenía unas características especiales que lo definían. Y tuve que transformarme en él. En mi juego. En mi ajedrez.

Buscaba sacrificios desesperadamente. Los provocaba. Casi sólo jugaba gambitos. Acallaba los ensalmos del juego correcto y promocionaba las locuras en el tablero. Sacrificios encadenados. Entregas de dama sin pensármelo demasiado, ofrendas de peones con el único objetivo de jugar con líneas y columnas abiertas, arriesgadísimo repertorio de aperturas, y ninguna diferencia entre partidas amistosas, de café, oficiales, lentas, rápidas,...

Hubo una época en la que fui un jugador rocoso, posicional, sensato... pero desde hace años sé

que no puedo volver atrás y ahora ese personaje me posee.

BLOG 22 UN INVENTO LLAMADO INTERNET

“Internet es positivo porque nos une, nos conecta, incluso a las personas mayores. El estar conectados nos prolonga la vida, y no solamente añade años a la vida, sino vida a los años.” Luis Rojas Marcos.

Internet supuso para nuestra civilización un auténtico bombazo comunicativo. Destruyó las barreras, asaltó las conciencias, convirtió la ciencia en magia y la humana capacidad de sorprendernos la supera día a día. No los lo acabamos, no nos los comemos, no nos acostumbramos. Y pese a todas las críticas sobre su toxicidad moral y su capacidad alienadora (¿miedo a lo desconocido?) es innegable su potencia y su practicidad.

Para un ajedrecista, internet supuso una fuente inagotable de aprendizaje, un seguimiento en tiempo real de los eventos más importantes y, sobre todo, la solución a su endémico problema. Porque a estas alturas creo ya haber expresado que el gran problema del ajedrecista siempre es su carencia de rivales. Difícilmente puedes encontrar adversarios cuando tú deseas, del nivel que tú deseas, y dónde tú deseas. Siempre era un problema. Internet lo solucionó. NO olvidemos que a esto se juega con la cabeza, con las ideas, y no es necesaria la presencia humana, sino la confrontación de intelectos.

Hoy en día miles, cientos de miles, quizás millones de internautas conectan en centenares de portales de juego de ajedrez on-line, y la comunicación -el juego- se desarrolla en tiempo real, con vecinos, con madrileños, argentinos, chinos, aficionados, jugadores fuertes, Grandes Maestro, hombres, mujeres, niños, en partidas lentas, postales, rápidas, blitz... Inagotable. Juegas ajedrez, aprendes ajedrez, experimentas aperturas, te apuras de tiempo, archivas las partidas, envías las partidas por correo a tus compañeros, analizas las partidas, ..., compartes tu ajedrez y la red de redes te caza en el más maquiavélico juego jamás diseñado, en la mayor comunidad jamás aprehendida...

No pude calibrar el reino de Caissa, sus dimensiones, la cantidad real de adeptos y esclavos que posee, hasta que no me hice una idea de la cantidad de ciberjugadores que existen. Cientos de miles. Cientos de miles de apasionados que como yo podían conectarse para suministrarse diariamente su metadona lúdica. Cientos de miles de hechizados.

En “El hechizo de Caissa” el ajedrez on-line será un protagonista estelar. Una clave fundamental...

BLOG 23 NO TE CORTES

“Una vez terminado el juego, el rey y el peón vuelven a la misma caja.” Proverbio italiano.

Cada vez que voy a visitar a mi madre a su casa, ella me espera con un café caliente y unos cuantos recortes de la página de entretenimientos de algún periódico. A veces es algún sudoku, pero siempre hay varios problemas de ajedrez. Contribuye activamente a engrosar la única colección que poseo: mi caja repleta de recortes de periódicos con problemas de ajedrez.

Al principio sólo los miraba. Luego un problema de máxima dificultad se me resistió en la sala de espera del dentista, y furtivamente lo recorté para su posterior estudio en casa (mil

disculpas, doctor Vidal). A los pocos meses sajava sin piedad cuantos diarios caían en mis manos, en casa, en el trabajo, en...

La caja de mi colección fue creciendo, a veces demasiado rápido para que yo pudiera solucionar todos los problemas antes de introducirlos en ella. Hoy tengo varios miles, de los cuáles no creo haber solucionado más que unos pocos centenares.

Y cada vez que abro la caja, un pensamiento me invade: los diarios siguen publicando (por muchos años, espero) el inevitable problema de ajedrez en sus páginas de pasatiempos. Si no hubiera aficionados, no habría problemilla diario en el periódico. ¿Cuántos aficionados habrá?

Las cosas pequeñas de la vida nos acompañan. Las rutinas nos alientan. Y mi caja, junto con algunos libros, es la única colección preciada que poseo y que realmente me haría sufrir si la perdiera. Porque ha sido testigo diario de mi proceso de aprendizaje. La muesca diaria recordatorio de mi afición imperecedera.

¿Habrá alguna caja parecida en “El Hechizo de Caissa”

BLOG 24 ¡OH CAPITÁN, MI CAPITÁN!

“La libertad supone responsabilidad. Por eso la mayor parte de los hombres la teme tanto.” George Bernard Shaw.

Iban pasando los años y muchos compañeros abandonaban la connivencia con Caissa envueltos en labores más productivas, familias numerosas y proyectos vitales menos lúdicos. De resultas de esa diáspora inesperada, ascendí sin demasiado entusiasmo en el seno del club y me encontré en situación de asumir una responsabilidad un punto más exigente que mi mera participación competitiva. Fui nombrado capitán de uno de los dos equipos que conformaban el club. O sea, prácticamente nada: asegurarme de que cada sábado fuéramos ocho, y poco más. De esa experiencia, poco pude sacar en claro para *el hechizo*. Un poco de papeleo, mínimo, alguna decisión más o menos controvertida respecto al orden de fuerza, algún jugador que se queda fuera de la convocatoria, alguna propuesta de tablaza a estudiar, y poco más. Y una reflexión sobre esas personas anónimas que desarrollan funciones en la sombra, aparentemente secundarias, carentes de la trascendencia de los altos cargos, pero cuya labor es tan vital como el engranaje accesorio que impide que el motor caiga.

Este tipo de responsabilidades, salvo para los que ambicionan figurar y son incapaces de ser rebaño queriendo ser siempre ser pastor (o, a veces, perro ovejero), suelen ser desagradables, sin ningún reconocimiento, sin ninguna contrapartida, y sí muchos quebraderos de cabeza. Pero formar parte de algo nos obliga a arrimar el hombro en aquello para lo que estamos capacitados, la mayoría de las veces, o en aquello en lo que por eliminación somos los menos malos. Aunque sólo sea por experiencia.

Y los colectivos son así. Funcionan la mayoría de veces por impulso de voluntades mal recompensadas, mal comprendidas, y generalmente poco ayudadas. Porque es muy cómodo ser parte de algo, disfrutar del maná y criticar a Moisés. Pero antes o después nuestra conciencia nos obliga a subir al Sinaí o a capitanear a nuestros compañeros a sabiendas de que estamos poco capacitados para ello, pero que sin nuestra ayuda el barco bogará más lentamente.

Me reconozco un parásito del club “los Xuferos” porque sin ellos “El hechizo de Caissa” nunca hubiera visto la luz. Así que la capitania es un precio irrisorio en comparación con todo

el calor que la manada me proporcionó. El precio. Esto sí aparecerá en el *hechizo*. ¿Qué estamos dispuestos a pagar por alcanzar nuestros anhelos?

BLOG 25 EL ESCRIBA

“No existen más que dos reglas para escribir: tener algo que decir y decirlo.”

Oscar Wilde.

Si algo he aprendido de esta aventura literaria es la veracidad de esta cita de Wilde. Creo que fue cuando realmente me convencí a mí mismo de que podía hacerlo cuando comenzó a escribirse *el hechizo*. La inteligencia, el talento y la formación no son nada sin la voluntad, qué duda cabe. Y muchas veces esta perogrullca aseveración nos pasa desapercibida. Sin duda es un problema de autoestima.

El club “Los Xuferos” inauguró una página web (<http://www.clubescacsrafabayarri.es>). El altavoz de mis afanes. El webmaster, a petición mía, habilitó una sección denominada EEDC donde comencé a colgar mis reflexiones sobre ese fluido que me corría por las venas (¿he dicho ya que el ajedrez es algo más que un juego, que tiene autentica entidad física y que me invade?). Esta tarea cumplía tres funciones básicas: desahogo, experimentación y preparación. Lo primero ni lo explicaré. Basta leer los textos para darse cuenta de que me explayé a gusto sobre todo lo que había reflexionado sobre la forma de entender el ajedrez. Lo segundo era necesario: daba vida a un personaje *del hechizo*, del que necesitaba conocer el efecto que podía causar en un potencial lector. Y lo tercero allanaba el camino a un elemento estructural prioritario *del hechizo*.

Y así, siguiendo a Oscar Wilde, dije lo que tenía que decir. Pero me decepcionó un poco ver los pocos lectores que tuve. ¿Acaso el tema no interesaba?

BLOG 26 EL CAPITÁN GARFIO. TIC—TAC, TIC-TAC...

“Hablamos de matar el tiempo como si no fuera el tiempo el que nos mata a nosotros” Alphonse Allais.

Seguramente parecería demasiado manido y pretencioso decir que el ajedrez es una parábola vital. Algo de eso se insinúa en *el hechizo*. Y en muchos aspectos yo lo creo sinceramente, como en la simbología de las piezas, del rey o del tablero. Pero creo que el elemento más ilustrativo del juego es el tiempo: la necesidad de vencer antes de que se acabe tu tiempo de juego, tan románticamente plasmado en ese artilugio justiciero que es el reloj biesférico de ajedrez, esa saeta rojiza que amenaza con hacer estériles todos tus esfuerzos (ahora con los relojes digitales es algo menos romántico, pero mucho más preciso).

En mis inicios un conocido me dio una acertadísima lección cuando me dijo: “si ves un reloj junto al tablero, ¡cuidado! ¡La partida es seria!” Y es así. El tiempo es fundamental, ese elemento que los aficionados llaman la decimoséptima pieza. Y alrededor de él decenas de situaciones temas y reflexiones muy succulentas. ¿Relajeo agonístico o deportividad? ¿Blitz inútil (partidas relámpago superrápidas) o partidas lentas superaburridas? ¿Es justo perder por tiempo en posiciones ganadas? ¿Realmente esas posiciones están ganadas o el tiempo también forma parte del precio pagado? Cronos inmisericorde.

Cuando juegas al ajedrez continuamente estás tomando decisiones (¡de eso se trata básicamente!) y una de las más importantes es cómo dosificar y distribuir tus minutos. A veces interesa invertir en una larga reflexión para encontrar una jugada ganadora, pero otras es más rentable hacer una rápida jugada segura. Y otras, las jugadas rápidas no eran tan

seguras sino perdedoras. Pero hay que decidir siempre.

Yo solía dilapidar decenas de minutos en busca de jugadas inexistentes y ostento un dudoso récord en una misma temporada de cuatro partidas lentas perdidas por tiempo. Desarrollé lo que he bautizado como complejo de Capitán Garfio. Pánico al tic-tac del reloj, que tantas veces que cortó la mano... Así que, ¿quién mejor que yo para saber lo duro que es perder una partida por tiempo?

¿Podría ser el tiempo (el reloj) una pieza importante en *el hechizo*? Lo es. Tanto el tiempo ajedrecístico como el cronológico.

Y volviendo a la cita de Alphonse Allais, ¿no es el tiempo el auténtico limitador de todos nuestros anhelos? Recuerdo que de niños jugábamos a *los tres deseos*. Uno preguntaba que tres deseos pediríamos al genio de la lámpara y todos deseábamos ser supermán o el hombre invisible o una bici nueva... Y, salvo alguno más crecido que pedía ser millonario, sólo me sorprendió una respuesta de un chavalín llamado Sergio: quiero no necesitar dormir. Pedía tiempo. El don más valioso.

A ver si va a ser cierto lo de que el ajedrez es una metáfora vital por excelencia...

BLOG 27 KORCHNOI Y SPIELMANN

“La vejez es la cosa más inesperada de todas las que le suceden al hombre” León Trotsky

Siguiendo con el tema del tiempo, abordemos ahora el tiempo cronológico en el ajedrez.

Cuando fui un deportista “activo” llegaba a casa magullado las más de las veces. Hielo (¡siempre hielo!), vendajes, esparadrapo, pomadas antiinflamatorias y raspaduras por todo el cuerpo. Escozores recuperadores, visitas ocasionales a traumatología y .., ¡y el lunes a entrenar, por supuesto!

Pero todo eso acabó. Mis huesos se tornaron quebradizos, mis ligamentos perdieron laxitud, mis músculos fuerza, y mi espíritu ambición. Y algo mucho peor: las Parcas me robaron mi añorada capacidad de recuperación. Jugaba un partido el sábado y me arrastraba patéticamente el domingo, el lunes, el martes, el... Me dolía hasta el píloro. Y entonces, ya madurito y plagado de cicatrices, Caissa me poseyó. Ahora tocaba un esfuerzo físico despreciable y uno mental descomunal. Adiós al *linitul*, al *betadine* y al hielo.

Pero también el ajedrez favorece a las mentes jóvenes y creativas. También la fatiga se hace sentir cuando peinas canas y también llegas a casa después de seis horas de cálculos con dolor de cabeza y la mente embotada. Y sin embargo ¿cuántos años se puede seguir jugando al ajedrez? EL GM Korchnoi (casi 80 años) es una prueba evidente de que nuestro arte desafía a Cronos con descaro y gallardía, y me ilusionó. Podía morirme disfrutando del deporte... aunque algunos no quieran darle este calificativo por su ausencia de esfuerzo físico.

Claro que Korchnoi fue aspirante al trono de Campeón del Mundo y lleva en la élite ajedrecística más de medio siglo. No me vale como referencia. Pero sí me vale la de RBR, un extraordinario jugador del club los Xuferos que persigue los noventa años con una ilusión por la vida absolutamente envidiable, cuyas facultades mentales desafían la lógica... ¡y a sus rivales cada sábado! RBR nos avergüenza cada semana demostrándonos cuánto camino nos queda por recorrer, dándonos lecciones de pundonor, de agon, de valor, de técnica, de aperturas, de ética ajedrecística... y recordándonos con su impresionante presencia el

significado de la palabra lucha, honor, medida,..., ajedrez. Uno de los grandes valores del ajedrez es la posibilidad que nos da de conocer caracteres realmente excepcionales. Supongo que me quedan muchos años de batallar por los reinos de Caissa, pero estoy seguro de que jamás conoceré una personalidad tan cabal y ejemplar como la de RBR.

RBR no es mi Korchnoi. En mi mente prefiero llamarlo Spielmann, que pasó a la historia como “el último caballero del Gambito de Rey”. RBR juega con frecuencia gambito de rey, pero es mi Spielmann particular por ser UN AUTÉNTICO CABALLERO del tablero.

Calurosa tarde de Julio. Asamblea del club los xuferos. Único punto del orden del día: cambio de la denominación del club. El presidente propone denominarlo “Club de ajedrez RBR”. Votación unánime. Lágrimas de orgullo surcando nuestras mejillas.

Confieso que dos de los personajes principales del *hechizo de Caissa* están claramente inspirados en los rasgos de RBR. ¡Gracias Maestro Spielmann!

BLOG 28 SIMULTÁNEAS

“El que es temido por muchos, debe temer a muchos” Publio Siro.

De niño fui aficionado a las artes marciales y practicaba judo. Me gusta decir *de niño* aunque seguí practicándolo incluso cuando ya era padre de mi primer hijo. Pero recuerdo que “de niño” siempre me sorprendía, al visionar aquellas cutres películas de chinos, cómo el héroe era capaz de enfrentarse a dos, cinco, veinte adversarios y vencerlos a todos con su excelente técnica. Luego, en el tatami de la vida real, eso no funcionaba. La superioridad numérica siempre vencía.

Así que imaginad cómo me quedé cuando presencié mi primera sesión de simultánea ajedrecística, en la que un único jugador, aunque de alto nivel, se enfrentaba a más de una veintena de adversarios, un tablero – una partida- contra cada uno de ellos, pero todos a la vez, por turno.

Es un espectáculo impresionante, sobre todo para los advenedizos (como yo en ese momento), incapaces de comprender que el ajedrez no es una lucha física de hombres (¡o mujeres!) sino de voluntades individuales. Los jugadores simultaneadores, generalmente expertos, sonríen al darse cuenta del efecto que causan en sus adversarios, porque ellos saben que es mucho más complicado enfrentarse a un rival fuerte que a un millón de aprendices. En ajedrez sólo la calidad importa. Y la resistencia física del jugador se resquebraja ante la necesidad de cálculos complejos, no por una gran cantidad de cálculos simples.

Posteriormente yo mismo ejercí de simultaneador en alguna ocasión y me sentí un poco embaucador cuando aquellos niños ilusionados intentaban inútilmente que yo olvidara concentrarme en su partida para atender a las otras.

Otras veces yo fui el niño, y un “embaucador” llamado Anatoly Karpov me recordó esta misma lección.

Una curiosidad: mi anécdota ajedrecística preferida tiene que ver con una espectacular simultánea de un tipo realmente *mágico* sobre el que más adelante profundizaremos. Su protagonista se llamaba (ya falleció) Miguel. Mijail Najdorf. ¡Corred al google (o teclad <http://www.ajedrezdeataque.com/04Articulos/33Najdorf/Najdorf.htm>) y alucinad con la proeza de este genio! ¿Puede haber algo más increíble?

“Nadie prueba la profundidad del río con ambos pies” Proverbio.

Después de El escriba me decidí a dar un paso más. Escribir una columna breve me resultaba sencillo, pero eso no era hilvanar una historia. Yo carecía por completo de experiencia y me dije que era necesario escribir algo de mayor enjundia antes de abordar un relato largo. Así que escribí un cuento breve titulado *¿qué es ajedrez?* Confieso que casi me avergüenzo de él, porque no me gustó nada.

Pero uno de mis peores defectos es ser muy pesado. O me iba a rendir a las primeras de cambio ¿verdad? Y al fin y al cabo esto de la calidad literaria es tan subjetivo... Así que comencé a darle vueltas a la cabeza (¡y sobre todo al teclado!), urdiendo una breve historia que titulé *El espía que surgió del tablero*. En realidad era un homenaje merecido a mi amigo “el director”, él – y los que conocen su ajedrez - saben por qué. Y un homenaje - en el título - a Le Carré (“El espía que surgió del frío”).

El resultado me satisfizo bastante más, y además pude experimentar una técnica narrativa que me seducía (multinarrador) aunque luego la deseché para *el hechizo*. Quizás en otra ocasión la utilice.

Pero esto de la escritura es un poco como el cálculo de variantes ajedrecístico: vas probando jugadas y desechando muchas opciones hasta encontrar la buena. ¿Realmente será “la buena” la *del hechizo*?

“El tiempo de la reflexión es una economía de tiempo” Publio Siro.

Volviendo al tema de la escritura, pronto descubrí que, como todas las cosas, la única forma de aprender a hacer algo es haciéndola. A capar se aprende capando, que decía aquel. Pero ¿qué es escribir? Todos tenemos en la retina la imagen de un Shakespeare (“Shakespeare in love”) a la luz de la vela, superinspirado, empapándose de musas, mientras escribe en una noche Romeo y Julieta... Y se entiende que hay que disponer de un estado óptimo y unas condiciones mínimas para poder hacer eso. Lo cierto es que la escritura es mucho más que el mero hecho de juntar palabras con más o menos sentido, con más o menos coherencia, con más o menos estilo o elegancia. Pronto descubrí que antes de teclear con rabia en la madrugada (mi hora *bruja* son las 5:00) había que tener claro qué se quería escribir. Preparar el mortero antes de meter paleta. Reflexionar.

Y para este proceso reflexivo no es necesario un escritorio, ni luz adecuada, ni un ordenador, ni siquiera silencio. He pasado cientos de horas sentado frente al ordenador redactando el *hechizo*, pero apuesto a que las horas de *mortero* superan el millar.

Miradas perdidas en una reunión o en una guardia, compulsivas anotaciones en mi cuadernillo de mano (una idea, un personaje, una palabra, una posibilidad argumental...), silencios incomprensibles en casa desatendiendo peleas de mis hijos, comentarios de mi mujer o la lasagna que se quema en el horno, cientos de kilómetros de footing en los que combatía el cansancio con pensamientos destinados a urdir la tela de araña *del Hechizo*. A veces incluso programaba mis entrenamientos con la idea de preparar (o repasar) mentalmente un capítulo, un pasaje, una frase... A veces simulaba no llevar gafas para excusarme por no haber visto a., pero realmente en ese momento estaba en otra dimensión fabulando un diálogo, o un asesinato, o dios sabe qué camino colateral de algún eje argumental.

Pero es que cuando se está escribiendo (y no me refiero al hecho físico, sino al largo periodo

temporal en el que tienes “la intención” de hacerlo) tus prioridades son las que son, y no atiendes a más razones que las que el guión de tu novela te dicta. O al menos eso me pasaba a mí.

Al igual que el ajedrez con alguno de los personajes *del Hechizo*, mi novela me poseía.

BLOG 31 NO ME CHILLES QUE NO TE VEO 1

“El tiempo de la reflexión es una economía de tiempo” Publio Siro.

Se llamaba J Mor***. Star le acompañaba a todas partes. Sus compañeros se le acercaban y le saludaban amistosamente cogiéndole de la mano, orientando su mirada con sus voces. Se sentó frente a aquel extraño tablero, mientras a la diestra dejaba el ortodoxo. Un extraño aparato gris con varios botones del que salían dos auriculares escoltaban ambos campos de batalla. Se puso los auriculares mientras Star se sentaba plácidamente a sus pies. Yo tuve miedo de pisar al lazarillo, pero él parecía acostumbrado a estas circunstancias y se posicionó a mi izquierda, bajo la mesa. JMor*** me saludó y me explicó brevemente cómo funcionaba el aparato, cómo batallaríamos. Aquello era nuevo para mí y habitual para él. Comenzó la contienda y JMor*** iba cantándose con la faz inexpresiva y la mirada perdida. Una siciliana perfectamente teórica. Ni un error por su parte. Sus manos acariciaban el campo de batalla tridimensional, táctil, adaptado, cual teclado de pianista. Yo jugueteaba simétricamente con el ortodoxo, mientras babeaba sin poder creer tanta magia. Con 16. f4, dimos por finalizada la contienda. JMor*** me felicitó descuidadamente por mi juego mientras ilustraba mi ignorancia de nuevo cantándose (y de memoria) todas las variantes no jugadas. Autopsia en la oscuridad, ¡vaya locura! Yo me felicité por el milagro que acababa de presenciar. Apenas pude expresarle mi admiración por tanta genialidad y tamaña proeza, cuando ya Star se levantaba disciplinado y puntual al sentir que su amo había finalizado. Guardé la planilla como si de oro se tratase. JMor***. Un nombre, una mirada vacía que nunca olvidaría.

Años más tarde desempolvé la planilla. Necesitaba documentarme para la creación de uno de los principales personajes *del Hechizo*. Necesitaba entrevistarme con alguien que pudiera explicarme esos trucos de magia. Mi personaje no tendría un lazarillo llamado Star, pero sí se haría acompañar de un bastón blanco, y también conocería el arte de jugar sin ver. También era un mago de mirada vacía y mente privilegiada.

Fue una entrevista sorprendente. JMor*** me recibió en su casa. Él y su inseparable Star, que meneó la cola amistoso como si me reconociese después de tantos años. Hablamos de la oscuridad vital, de cómo vivir sin colores y cómo jugar sin ver, de cómo aferrarse al arte de las ideas, de cómo utilizar ese misterioso tablero y de cómo debía sentir, jugar y vivir mi personaje, que viene a ser todo lo mismo. Y JMor*** fue una fuente imprescindible en el proceso de documentación del *Hechizo*, porque él me descubrió un secreto que pocos jugadores podrían mostrarme y que yo por mí mismo nunca podría conocer: ¿cómo se puede jugar al ajedrez sin ver?

Sin duda uno de los arcanos de Caissa que con mayor contumacia se resisten al sentido común. Una mentira, ahora lo sé, una trampa de la diosa, una paradoja que manifiesta la auténtica esencia inmaterial del arte escaquístico. Un truco de magia para un advenedizo como el que yo era en aquel entonces. Una maravilla. ¿Os lo imagináis? Mi mirada intentando captar hasta el más mínimo detalle del tablero. La suya., inexistente. ¿Hay algo más increíble que una partida “a la ciega”? ¿Alguna vez habéis presenciado alguna y no habéis alucinado? ¿Podría yo resistirme a incluirla en *el Hechizo*? Podéis imaginar.

BLOG 32 NO ME CHILLES QUE NO TE VEO 2

“Nuestros sentidos nos engañan o son insuficientes, cuando se trata de análisis, observación y apreciación.” Pierre Bonnard.

Así que, absolutamente rendido a la maestría de J Mor***, decidí que uno de los personajes del *Hechizo* sería ciego. Y jugaría al ajedrez ciego. ¿Cómo es eso? ¿Cómo se calcula? ¿Cómo se puede ver sin ver? ¿Cómo percibir las variantes sin perderse, sin puntos “ciegos”, sin despistes? ¿Cómo de difícil es eso? Mucho, os lo aseguro. No tanto como un absoluto ignorante del juego pueda pensar (no hay magia, pero sí un esfuerzo mental intensísimo), pero sí lo suficiente como para acabar cada sesión de entrenamiento con dolor de cabeza. Porque eso hice: entrenar el ajedrez ciego.

Básicamente eran dos los ejercicios que utilizaba. El primero individual: memorizaba una partida – o unos veinte o treinta movimientos- en notación algebraica e intentaba, a los pocos minutos, reproducir la posición resultante en el tablero. El otro era, simplemente, jugar a la ciega con otro rival que sí miraba el tablero. Éste era mucho más complicado porque pocos deseaban hacerlo, y además no me servían ni rivales demasiado fuertes, ni demasiado flojos, estos últimos no porque fuera una tarea muy simple, sino porque normalmente no sabían el sistema de notación algebraico y esto era imprescindible para poder jugar a la ciega. Después de varios fracasos rotundos, descubrí que era mucho más asequible el ejercicio si yo iba anotando en un papel la notación de la partida. Era una pequeña trampa, lo sabía, pero no hay que olvidar que yo soy un simple aficionado y mis habilidades son muy reducidas. Estaba documentándome para la novela, no preparándome para el Torneo Melody Amber (un fabuloso torneo de Grandes Maestros que juegan a la ciega).

Tengo que reconocer que fue un entrenamiento estéril y un fiasco total, porque no sé jugar a la ciega. Apenas puedo prolongar mis cálculos dos o tres jugadas más allá de lo que la teoría de aperturas me permite. O sea, poco más veinte movimientos. A partir de ahí, me perdía y acababa dejándome una pieza o no viendo una columna o diagonal abierta, o simplemente jaqueando a un rey que no estaba en esa casilla sino en otra. El entrenamiento de ajedrez a la ciega es tremendamente exigente y, si bien reporta una nada despreciable capacidad de abstracción y cálculo táctico, sólo está al alcance de unos pocos privilegiados. Pero yo lo intenté y fracasé. No importa. Necesitaba saber cómo era eso de jugar a la ciega, cómo mi personaje podía jugar, qué dificultades encontraba, hasta dónde era capaz de ver, hasta dónde era capaz de entrenar sin ojos, hasta dónde podía un principiante exigirse... Era necesario. Mis personajes, uno en concreto, me lo exigía.

No podría calcular cuánto de aquel exigente entrenamiento se tradujo en una mejora cuantitativa o cualitativa de mi capacidad de cálculo. Probablemente muy poco. Pero esa era la hipótesis que hice mía y de mi novela: que el entrenamiento a la ciega reporta una mejora considerable de la habilidad táctica. Si esto es así o no (yo lo creo sinceramente) no importa. Es verosímil. Y la verdad no es un requisito de la novela. La verosimilitud sí.

BLOG 33 NO ME CHILLES QUE NO TE VEO 3

“El destino, el azar, los dioses, no suelen mandar grandes emisarios en caballo blanco: utilizan siempre heraldos humildes.” Francisco Umbral

Ahora contaré la anécdota más graciosa que me ha ocurrido en una partida oficial, y que, curiosamente, aconteció en la sede del Club ONCE. Quizás por eso me siento un poco en deuda con los ajedrecistas invidentes, porque me evocan recuerdos placenteros. Y por ello en el *Hechizo* les rindo un merecido homenaje.

No sé si me contagié de aquel ajedrez inmaterial, de aquella exhibición de magia sin ojos, o tal vez simplemente Caissa estaba juguetona. Pero lo cierto es que estaba jugando una partida de ataque sin concesiones. Esto es, desprecio a todos los principios estratégicos, piezas amenazadas pero tocando a la puerta del enroque enemigo y avalancha de peones despreocupándome de mi propia seguridad. Mi adversario, un invidente tocayo mío, acababa de amenazar mi alfil de g5. No sé qué mosca me picó, pero en lugar de retirarlo continué avanzando peones. Es uno de esos momentos en los que sabes que algo grande va a pasar. ¿Alguna vez lo habéis sentido? No hay épicas bandas sonoras de fondo, no hay ningún signo visible, pero presientes que algo especial va a pasar.

Me levanté a echar un vistazo al resto de tableros mientras dejaba reflexionar a mi invidente oponente. ¿Capturaría mi pieza? Mis compañeros de equipo tenían muy igualadas sus partidas, así que podía resultar muy arriesgado continuar haciendo locuras, porque se trataba una partida del campeonato interclubs y el resultado global del equipo era más importante que el particular. Al volver a mi tablero me encontré con una sorpresa. Mi adversario no había capturado mi alfil. En su lugar prefirió amenazar mi dama con su caballo.

Tengo que decir que el mérito del sacrificio pasivo de dama que siguió es más debido a esa especie de espíritu juguetón que me poseyó (¿eso es Caissa?) que a un cálculo preciso, aunque posteriormente pude constatar la corrección del sacrificio. Digamos que hubiera sido un desperdicio jugar de otra forma, no por la posición del tablero, sino por ese invisible halo mágico que me cubrió aquella tarde.

Me levanté apresuradamente a orinar, después de dejar a mi señora postrada en el altar de los sacrificios. Confieso sin rubor que en ese viaje hasta los servicios es cuando realmente calculé la variante jugada y me convencí de que el sacrificio era bueno. Caminaba flotando en una nube de excitación buscando una defensa del negro, mirando sin ver, y preguntándome qué pasaría si mi rival no capturaba la dama. Paquito, un chaval con un futuro ajedrecístico descomunal, me sonrió picaronamente preguntándome (¡afirmando!) si acababa de entregar la dama. Me distrajo ligeramente de mi ensoñación cuando reímos mi audacia y volvía a la sala rumiando mi locura, hasta que... ¡Maldición! De pronto sufrí un golpe tremendo en la frente, pero no figurado sino real. Acababa de estamparme contra la puerta de acceso, que era de cristal y no había visto. Mi amigo y compañero de equipo Alf, un tío cachondo donde los haya, tuvo entonces esa genial ocurrencia al decir: “*Oye Fer, si busca que te fiche la ONCE no hacía falta que exageraras tanto*”. Y allí tenéis, toda una sala repleta de sesudos pensadores muertos de la risa...

Y aún se completó la broma porque, otro invidente que batallaba en los primeros tableros preguntó qué había pasado y cuando le dijeron que “alguien” se había chocado contra la puerta, dijo: “seguro que ha sido Fernando”. Su rival, mi amigo Francisco, luego me dijo que se había quedado alucinado, porque no podía imaginar cómo podía saber que era yo, puesto que era invidente. Resulta que pensó que “otro” Fernando (¡precisamente mi oponente ciego!) era quien había chocado.

En fin, una anécdota para recordar. Pero yo siempre la recordaré porque aquella tarde Caissa me dedicó unos minutos de su atención. Y porque mis oídos estaban esperándola. Me susurró: “*entrega la dama*”. ¿No lo creéis? Leed *el Hechizo* y os enseñaré a tener fe.

“Prefiero los errores del entusiasmo a la indiferencia de la sabiduría” Anatole France.

Por lo narrado hasta ahora el lector conoce mis tímidas incursiones en el mundo de la literatura, mucho más como lector que como escritor. Pero claro, llega un momento en que hay que dar el salto. Un salto de fe, en el que debía creer que realmente podría escribir algo que no fuera un simple relato breve o una columna de opinión. Claro. Muy fácil. ¿no?

Pero escribir una historia larga (llamarlo novela era excesivamente pretencioso e irreal en esos momentos) era harina de otro costal. Pensé que podría extrapolar mi capacidad para solucionar los problemas de redacción que solía encontrarme en mis textos breves. Pero cometí un error de principiante, porque las diferencias no sólo eran cuantitativas, no se trataba de escribir más, sino sobre todo estructurales, cualitativas. Pero ¿qué tiene el escritor novel sino una desmesurada ilusión y una descomunal ignorancia sobre la dificultad de su tarea?

Pues mucho más. Tenía tema, argumento (en mantillas, pero ahí estaba), personajes, documentación más que suficiente (aún tuve que hacer alguna excursión a la biblioteca para documentarme sobre la esquizofrenia, asunto colateral del argumento), y sobre todo tenía una extraordinaria determinación. Lo haría. Y esto último pesó mucho más en mi decisión.

Era Julio. Tenía casi todo el mes de vacaciones y llegué a un acuerdo con mi mujer para establecer un horario de trabajo intensivo: dormir toda la mañana (mientras ella y los niños iban a la playa, ¡yo lo odio!), tardes dedicadas a la vida familiar, y cuando se iban a dormir yo escribía toda la noche hasta las ocho de la mañana.

Lo llamé EODC, una historia -por supuesto de ajedrecistas- mucho más próxima a la novela negra que a la ficción pura, con mucha sangre, detectives ingeniosos y sagaces, jugadores extraordinarios, y unos cuantos tópicos más, prueba evidente de mi bisonñez. Algo más de veinte días de “romántica” escritura nocturna, unas ciento cincuenta páginas para engordar mi autoestima y certificar mi ineptitud. Escribía párrafos, ideas, capítulos y pasajes aleatoriamente (había leído que algunos escritores así lo hacían, para evitar el síndrome de “página en blanco”, y luego lo ensamblaban todo), sin continuidad ni linealidad, a retazos, según me venía a la cabeza, felicitándome por este símil tan logrado, por aquel juego de palabras tan ingenioso, por esa frase tan apropiada, por este adjetivo tan bien acomodado, por ese personaje con tanto calado, por aquel conector, por aquel tecnicismo tan bien explicado, por...

Y conforme sumaba noches, páginas, ojeras e ilusiones, también iba engrosando mi lista de errores: caos argumental, inverosimilitud, obsesión por volcar en el teclado toda mi sapiencia ajedrecística, moralinas baratas haciéndose hueco entre sus líneas, absoluto desconocimiento del género de novela negra, ausencia de estructura lógica en el relato, ... y no pararía de enumerarlos. Algunos de esos errores hasta yo mismo podía percibirlos en tiempo real, pero me decía “más adelante ya lo solucionaré”. Otros los detecté mucho más tarde. Y seguramente muchos aún me son desconocidos.

Erré en la elección del narrador, en el tono del relato, en mi forma de plasmar vivencias ajedrecísticas, en mi ausencia de planificación, en un desenlace que aún está sin escribir, sin imaginar (¿se puede escribir una historia sin conocer el final a priori? Yo me siento incapaz), en el ritmo narrativo, en la estructura general, en ... A saber. En resultado fue un bodrio que

me avergüenza.

Pero lo había hecho. Mal. Pero al menos lo había intentado.

Quizás algún día desempolvo EODC. Quizás algún día me ría de aquella estéril aventura literaria, sueño de veinte noches de verano. O quizás algún día la retome. Al fin y al cabo, no deja de ser una especie de “padre cronológico” *del Hechizo*.

BLOG 35 ABATIENDO EL REY DEL EODC

“El fracaso prueba la debilidad del deseo y no su temeridad” Andre Maurois

Después de aquellas veinte noches de ilusión, de intenso trabajo y de iniciática experiencia literaria, me abandoné. Y abandoné EODC. No sabría decir si fue desidia o autocomplacencia, si se trataba de fatiga mental o simplemente me negaba a reconocer que me enfrentaba a un callejón sin salida. Que no tenía ni idea de como unir todos aquellos pedazos de texto, cómo articular aquella bazofia para que tuviera un poco de sentido.

Primero me contenté diciéndome (¡que absurdos y falsos son estos divertidos diálogos internos!) que tenía que descansar después de aquellas veinte intensas sesiones. Más tarde me consolaba justificando mi inactividad en la búsqueda de soluciones reflexivas a los problemas que me habían detenido. Y anduve algunos meses elucubrando cientos de excusas para no continuar con el trabajo, hasta que finalmente acepté la realidad. Había fracasado estrepitosamente en aquella mi primera aventura literaria.

Un par de voluntariosos y bienintencionados lectores le “ echaron un vistazo ” al borrador y, como eran amigos, tuvieron mucho tacto para disfrazar la crítica que realmente merecía con tibios deseos de mejora y consejos bienintencionados, burdos matices de una sentencia inevitable.

Quizás algún lector pueda pensar que me sentí abatido o fracasado, pero no fue así. En realidad - interesante aprendizaje vital - simplemente me negué el fracaso por hastío. Fui lo suficientemente cobarde como para no enfrentarme a ese momento en el que tenemos que reconocer nuestra debilidad y abatir nuestro rey.

Suelo decorar mi despacho con citas célebres, y recordaba una que reza: “sólo existe el fracaso cuando dejas de perseguir el éxito”. Así que escondí la cabeza en la tierra cual avestruz y me negué a calificarme de derrotado, aunque no sabía cuánto podría aguantar esta mentira.

A veces escribía en mi cuaderno una posible idea salvadora que pudiera reconducir la historia hacia un desenlace verosímil y aceptable. Pero no tardaba en darme cuenta de que aquello apenas atenuaba uno de los múltiples síntomas de una enfermedad crónica y probablemente incurable. Sajaba por un extremo y la metástasis de mi incompetencia provocaba purulentas yagas en otro capítulo, pasaje o eje argumental. ¿Eje argumental? Ahora sé qué es eso. Entonces era un absoluto ignorante. Desconocía tantas cosas, tantos recursos, tantas técnicas de escritura, que ahora me sorprende que entonces no lo hubiera mandado todo al garete definitivamente. Pero claro, comenzaba a envejecer y ya pocas alegrías me daba el deporte, incluido el ajedrez. Quizás la escritura pudiera darme algunas alegrías añadidas. ¿No es eso lo que todos buscamos?

Pero pese a mi ceguera y recalcitrante contumacia a aceptar la derrota, pude sacar algunas

consecuencias claras de esa aventura: problemas con la estructura, problemas en el tono de la narración, falta de programación de la historia, personajes excesivamente histriónicos, desorganización, adjetivación redundante y gratuita y, sobre todo, inconcluso desenlace. Como en un análisis post-mortem de una partida.

Una conclusión clara: ante de teclear, hay que reflexionar. Y yo era ajedrecista, la especie más reflexiva del planeta ¿no? ¿O era escritor? De momento, no.

BLOG 36 ENSEÑANDO AJEDREZ: EL VICIO DEL ANÁLISIS QUE ENGORDA EL EGO

Uno de los primeros aprendizajes ajedrecísticos es la recomendación-necesidad-hábito del análisis postmortem. Es decir el análisis de las variantes jugadas en la partida, al finalizar ésta, y las que no se jugaron pero pudieron darse en el tablero. Prácticamente en la totalidad de los textos didácticos encontramos autores y Grandes Maestros que nos animan a analizar nuestras partidas, incluso existe todo un subgénero dentro de la literatura ajedrecística que son los textos de partidas analizadas. Y también nos dicen que el análisis nos ayudará a mejorar nuestro juego, que es necesario para progresar que.... Cierto, no seré yo quien lo negaré.

Pero una práctica tan pedagógica e instructiva puede convertirse en un vicio insano, y es muy delgada la línea que separa el análisis sereno y objetivo y la comilona desmesurada para engrosar el ego.

Seamos sinceros, ajedrecistas del mundo. ¿Cuántas veces nuestro análisis no buscaba encontrar una (¡y sólo una!) variante capaz de justificar ese sacrificio erróneo, esa jugada “ingeniosa” y malísima, esa dejada de pieza “con contrajuego”... Ya lo he dicho muchas veces, pero insisto. El ego del ajedrecista es tremendamente sensible. Y estamos dispuestos a mentirnos para salvaguardarlo. Pasamos de puntillas por las variantes que demuestran nuestras debilidades, corremos a repasar aquellas que nos son favorables y tenemos la desvergüenza de convertir un análisis pausado en “otra” partida, todo para demostrar lo buenos que somos. Y en un alarde de incoherencia ¡hasta nos atrevemos a analizar incluso los blitz de cinco minutos! ¿Como vamos a analizar variantes que NUNCA se consideraron (por falta de tiempo) en la partida? Absurdo. Pero claro, ahí el objetivo deja de ser pedagógico y ya se trata de mimar a nuestro ego. Y reconocer es una cualidad propia del buen ajedrecista.

Y además hay un valor añadido a ese análisis tan poco objetivo: cuando te sirve para lucirte ante un jugador inferior o un principiante. Entonces se nos llena la boca de expresiones de argot, que si columnas abiertas, que si entregas de calidades que compensan la posición, que si “holes” cuñas y puestos avanzados, que si diagonales mortales, que si... Y hablamos un lenguaje, un registro específico que nos hace sentir pertenecientes a una casta, a un selecto círculo de elegidos como si poseyésemos la piedra filosofal o el mapa de El Dorado.

Y muchas veces esa verborrea con la que hacemos gala de nuestra sapiencia ante los principiantes no hace sino revelar una inseguridad apabullante. Porque el auténtico ajedrez no sólo es ciego. También es mudo. Las palabras nunca podrán esconder la verdad que el tablero revela.

Mea culpa. En ocasiones yo fui un analista muy poco objetivo, porque me molaba demostrar a mis interlocutores todo lo que sabía. Y he conocido muchos así. ¿Quién no? ¿Quién no se ha dejado vencer alguna vez por esa sensación de superioridad que se siente cuando tu análisis es la última palabra?

Pero también en ocasiones tu análisis ante un principiante le ha descubierto cosas, detalles, normas, principios, axiomas ajedrecísticos que le han enseñado. Y entonces descubres el placer de enseñar. Sobre esto profundizaré más adelante, y adelantaré que es un tema esencial en la trama de *El Hechizo*. La enseñanza del ajedrez. El placer de enseñar.

BLOG 37 LECCIONES MAGISTRALES

El Maestro ciruela, que no sabe leer y pone escuela. Refrán.

Uno de los múltiples valores que desarrolla el ajedrez es la humildad. En este juego-ciencia-arte pronto se aprende aquello de que “siempre hay alguien mejor”. Así que cuando empiezas a valorar tu mejoría como positiva, óptima, adecuada, etc., o crees alcanzar un nivel considerablemente más alto, siempre hay algún resultado negativo, algún revés, alguna paliza que te propinan que te empuja a pensar en abandonar el juego (¡qué iluso!). Todo ajedrecista lo sabe: somos esclavos y siempre hay un mayor nivel de conocimiento.

Pero también es muy gratificante (de nuevo alimento para el ego) enseñar ajedrez. Yo, que he enseñado muchas disciplinas y deportes, lo sé.

Anduve algún tiempo dándole vueltas al tarro, y decidí que uno de los personajes del *Hechizo* sería un maestro de ajedrez. Enseñaría ajedrez. ¿Cómo? Buceé por la bibliografía sobre entrenamiento y didáctica ajedrecística, asistí a un par de cursos, presencié lecciones on-line (videos en internet) y leí manuales de entrenamiento (alguno en inglés, ¡horror!). Llegué a la conclusión lógica de que, como dice el dicho, a capar se aprende capando, y a jugar al ajedrez... Pero yo no estaba satisfecho. Decidí que mi personaje impartiría “clases magistrales”. Dado los rasgos característicos de su personalidad, tenían que ser clases muy elaboradas, muy preparadas, muy específicas. Y decidí que antes de plasmarlo en el papel, era necesario vivirlo.

De nuevo recurrí a mis compañeros del club los Xuferos y los castigué (¡qué pacientes!) con un curso sobre temas tácticos de varias sesiones. Preparé una pequeña introducción teórica para cada motivo táctico, media docena de ejemplos prácticos y una docena de ejercicios a solucionar. Allí estaba yo, casi un principiante, dando “lecciones” a jugadores de una fuerza muy superior a la mía. No negaré que aguanté el tipo como pude, pero realmente estaba un poco avergonzado cada vez que le decía a P, o a A, o al maestro de todos RBR, que la clavada en cruz con los alfiles era fabulosa, que si el jaque doble descubierto era mortal de necesidad, que si la séptima absoluta siempre gana... Poco imaginan ellos lo inseguro que me sentía, el apuro que me daba,..., y lo necesaria y fructífera que fue aquella experiencia para *El Hechizo*. Pero lo hice, y creo que me salió bien. Aquella fue una de las tareas de documentación más elaboradas de toda la novela. Es difícilísimo dar clases magistrales de ajedrez.

Posteriormente preparé otro monográfico sobre una dudosa (malísima pero divertida) variante de la apertura Pereyra. Como complemento necesario, más bien, porque las aperturas son un corpus de conocimiento fundamental para el ajedrecista, aunque realmente para entonces *el Hechizo* ya casi estaba escrito.

BLOG 38 EODC RELOAD

“El éxito es la cima de una montaña de fracasos”. Proverbio.

Haría bien en comprender que cuando algo comienza mal necesariamente ha de acabar mal. Pero

como dice el dicho, a veces la única forma de identificar un error es cometerlo.

Lo cierto es que cada vez que abría el cajón del escritorio, aquellos 150 folios de EODC me miraban con ojitos de cordero degollado, suplicantes. *Complétame*, me decían. Pero yo me resistía. No era necesario ser demasiado objetivo como para darme cuenta de que era un material de baja calidad, difícil de mejorar porque adolecía de una correcta estructura, y cuando el esqueleto argumental es endeble no importan mucho los aderezos, por mucho que yo no dejara de reconocer una cierta prestancia en la forma del texto. La historia hacía aguas por múltiples fisuras, por múltiples motivos, por múltiples carencias, por...

Pero claro, el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra ¿no?, y a mí me daba mucha pena tirar a la basura todas esas horas de trabajo. No recuerdo muy bien cómo fue el asunto. Supongo que la idea me vendría después de visionar por enésima vez una de mis películas favoritas, *La ventana indiscreta*. Era una idea que siempre me había cautivado, así que creé un personaje, el voyeur, que narraba, como una voz en off, lo que veía desde su ventanal. Ello me permitió solucionar algunos problemas relacionados con el tempo, la secuencia temporal, porque ese personaje escribía en un diario sus observaciones de los hechos acontecidos, pero también sus impresiones sobre los hechos, permitiéndome una narración algo menos fría e impersonal. Todo el texto del voyeur lo escribí un año y medio después del EODC y pude percibir una cierta madurez en mi escritura. De hecho, lo que más me gusta de todo aquel legajo son las treinta y tantas páginas del voyeur.

Durante un par de semanas creí haber superado mis problemas y volví a ilusionarme con la posibilidad de llevar adelante el proyecto. El voyeur me había dado alas y esperanzas. Pero callro, aquella era un impresión en caliente, y yo no era tan estúpido como para no saber que hace falta un poco de perspectiva temporal antes de emitir un juicio v´alido.

A las pocas semanas comprendí que el voyeur era un burdo intento por resucitar, un boca a boca desesperado al cadáver que era EODC. Punto y final. Era incapaz de escribir.

Entonces me sentí muy abatido, lógicamente. Pero hoy me doy cuenta de que sin el EODC, sin aquella frustrante y edificante experiencia, incluso sin aquel desesperado intento de reload que suponía el voyeur, *El Hechizo de Caissa* nunca hubiera sido posible.

BLOG 39 IDOLOS

“Nada levanta tanto al hombre por encima de las mezquindades de la vida como admirar, sea lo que sea o a quien quiera que sea.” Thomas Carlyle.

A estas alturas todos mis lectores saben cuál es mi ídolo ajedrecístico: Mijail Nehemevic Tahl. Y también saben de dónde me viene mi incondicional admiración, aquel mi primer libro de ajedrez escrito por el genio de Riga en el que narra la consecución del campeonato del mundo en su particular match con Mijail Botvinnik. En realidad esto es lo realmente importante. Yo me enamoré de Caissa gracias a él. Y para mí no existe mejor jugador, por mucho que un análisis objetivo me lleve a la conclusión de que Fischer, Kasparov, Alekhine o Capablanca (incluso el mismísimo Botvinnik) hayan hecho más méritos para ser considerados los mejores.

Podría decir que Tahl tiene algo especial, algo único, algo característico. Pasó a la historia de los anales de Caissa como uno de los mejores jugadores de ataque, si no el mejor, como un genio de las combinaciones, de los sacrificios, del juego preciosista, del riesgo, de la desbordante imaginación

que supera a la lógica, de la audacia en el tablero, de... Y todo es cierto, pero la experiencia me ha enseñado que el ajedrez es mucho más que todo eso.

También podría decir si algún anhelo tuve, si a alguien deseé emular en un tablero, si algún tipo de juego deseaba asimilar, ese era el de Tahl. El juego despreocupado, batallador, creativo, artístico. La diversión en el tablero por encima de otras consideraciones técnicas, e incluso por encima de la lógica. Huelga decir que jamás lo conseguí, ni lo conseguiré, como también es cierto que de vez en cuando lo intento.

A los advenedizos les cuesta entender que cuando reproducimos una partida de uno de los campeones del pasado (o del presente) estemos gozando como cuando presenciamos un partido de fútbol, o de tenis, o de baloncesto. La mayoría piensas que es aburrido, una estupidez, aunque asuman y practiquen lo placentero de visionar otros deportes haciendo sillón-ball. Obviamente para mí Mijail Tahl es el Michael Jordán, el Maradona (o Messi que ahora está de moda), el Bjorn Borg del ajedrez.

Pero todo esto es secundario. Mijail es mi ídolo por un motivo claramente cronológico. Él fue el primero que me desnudó a Caissa. El primero que me hizo admirarla. El primero que me hizo gozarla. Porque Mijail fue una simple extensión física de un concepto mucho más complejo que la simple idolatría personal: fue la personificación del ajedrez que yo amé. Que yo amo.

Gracias Mago de Riga.

En El Hechizo de Caissa intento rendirle un modesto y merecido tributo.

BLOG 40 AVATARES

“Internet es mucho más que una tecnología. Es un medio de comunicación, de interacción y de organización social.” Manuel Castells.

Además del título de una exitosa producción cinematográfica, avatar es, entre otras acepciones, una transformación de un personaje.

Mi cuñado dice de mí que soy un cavernícola en lucha permanente con las nuevas tecnologías. No le falta razón. Odio leer los manuales de instrucciones de los electrodomésticos, me horripila cualquier novedad tecnológica que trastoque mis hábitos, deploro la práctica de la escritura abreviada de “la cultura del móvil”, y en general aplico esa conocida máxima de que “toda novedad es siempre sospechosa”. Soy un dinosaurio y lo sé. Y aunque no me siento orgulloso por ello, tengo que reconocer que a veces me asalta el pensamiento de que no es tan malo, y que es mucho peor creer a pie juntillas en las bondades indiscutibles de las nuevas tecnologías. Pero confieso que ya me he rendido. Tengo móvil, cámara digital, escribo en ordenador, tengo este blog, y consulto a diario el correo electrónico. Y cada día estoy más convencido - aunque ante determinadas personas, entornos y círculos lo niegue vehementemente - de que el futuro está en el aire (¡como el amor!), es decir, en la red. Porque todos, de alguna forma hemos caído en la red. Yo caí por culpa de....., del ajedrez, claro.

El ajedrez on-line (jugar ajedrez contra otros rivales en internet en tiempo real) es una modalidad muy recomendable (para el aficionado desesperado por su soledad), muy adictiva (para el aficionado enamorado cuantitativamente de Caissa) y muy interesante (para el aficionado obsesionado por mejorar su ajedrez). Permite jugar partidas de trivial entretenimiento, partidas de instructivo

entrenamiento de aperturas, partidas de profundización en posiciones tácticas o estratégicas, y partidas de entrenamiento contra el reloj. Pero hay dos ventajas todavía más importantes: la variedad de adversarios y estilos que reporta, y la seguridad de poder jugar a cualquier hora del día. Se acabó el infierno de la ausencia de rivales. Se acabó el purgatorio de niveles de juego demasiado fuertes o demasiado débiles en relación al propio. Bienvenidos a la mayor comunidad ajedrecística del mundo. Bienvenidos al deporte que mayores posibilidades competitivas tiene en la red.

Me disfracé de Magtal y de Nehemevic. Jugué con estos avatares. Aun podéis encontrarme en alguna página de juego (no haré publicidad gratuita de ninguna) con estos nicknames. Fueron (y son) imprescindibles en el proceso de documentación del Hechizo. De hecho, son personajes principales del Hechizo. Con ellos navegué, naufragué, boté nuevos navíos, aprendí, y me vicié. Ajedrez on-line. Todo un mundo. Todo un futuro. Toda una aventura.

Una aventura que narraré en El Hechizo De Caissa. Os contaré cómo se juega on-line, cómo se chatea con los adversarios, cómo le fue a Magtal, a Nehemevic..., y ya os adelanto que el ajedrez on-line constituye en sí mismo casi un eje argumental prioritario de la novela.

BLOG 41 AVATARES 2

“La verdad existe. Sólo se inventa la mentira.” Georges Braque.

Aunque puede resultar pueril perder el tiempo con estas reflexiones, uno de los atractivos principales de nuestros héroes infantiles era su anonimato. Algunos lanzaban telarañas, otros surcaban Gotham en su Batmóvil, o defendían a las doncellas como cruzados medievales, o estampaban su Z justiciera en el torso de sus malvados adversarios, o..., pero todos tenían una doble personalidad, y parte del mérito argumental se basaba en el suspense de saber si finalmente sería descubierta su auténtica identidad, si algún villano lograría arrancarles la máscara.

¿Por qué nos gusta parecer lo que no somos, disfrazarnos, metamorfosearnos? ¿Por qué nos encantan los carnavales, la impunidad del anonimato, la libertad de airear nuestros más atávicos instintos bajo la protección de ese manto de impersonalidad? ¿Por qué tenemos miedo de dar la cara? ¿Alguna vez hemos pensado en ello? La vida es pura comedia, qué duda cabe, y nos encanta transformarnos, disfrazarnos, enmascaramos. Cada vez que nos maquillamos, cada vez que lucimos la bufanda de nuestro equipo, nuestro vestido regional, cada vez que acudimos a una boda, en nuestros festejos, en nuestras costumbres culturales... Nos encanta buscar excusas para huir de la rutina de nuestro vestuario. Forma parte de la esencia humana, el ansia por transformarnos, por crear avatares y vivir pedazos de vida que nos hacen sentir actores de una existencia que anhelamos y pocas veces tenemos la oportunidad de disfrutar. La vida es pura comedia y nos encanta evadirnos tras la máscara. ¿A quién no?

Pues eso hice. De por sí el juego –en general- ya es una forma de evasión, un avatar, una transformación que nos acerca, de una forma u otra, a los dioses, a su plenipotencia, a su impunidad. El ajedrez lo es todavía más. Fabulamos “seriamente” con ser los amos y señores, los generales de un ejército, dioses jugando con troyanos y aqueos (no olvidemos que Homero es nuestro padre literario) y llamamos ciencia a nuestro arte, y arte a nuestra ciencia y deporte a nuestro juego. Es una máscara cubriendo nuestras intenciones, una matriuska infatigable, una naturaleza difusa (¿arte, ciencia, juego, deporte?) y nuestra forma de jugar, nuestro estilo, suele mostrar nuestro talante. No jugamos el ajedrez que queremos, sino el que llevamos dentro.

Durante más de cuatro años mis avatares, Nehemevic y Magtal, me enseñaron el juego que llevo dentro. Mis nicknames, mis personajes, mis máscaras navegaron por el ajedrez on-line. Jugué con

ellos a ser quien no era realmente, jugué a cambiar (o intentarlo) mi estilo de juego, y jugué a relacionarme chateando con mis adversarios, de la misma forma que lo harán mis personajes en el Hechizo.

Toda la trama de este minieje argumental (el ajedrez on-line, en la red), se fundamenta en una teoría que yo he elaborado, experimentado y constatado con mis avatares: que se puede identificar a un jugador, ponerle nombre y apellidos, sin necesidad de verle la cara, simplemente estudiando - o simplemente observando - su estilo de juego, sus partidas, sus jugadas. Esta teoría era la base del nudo argumental del EODC (mi proyecto abandonado e inconcluso) y de soslayo, muy tangencialmente pero con una presencia importante, forma parte del Hechizo de Caissa.

BLOG 42 TENTÁCULOS

“Siempre hay algo más”. Arturo Vilches.

Pues sí. Una de las píldoras más difíciles de tragar para el aficionado es el descubrimiento de la dimensión científica y teórica del ajedrez. Pronto descubres que para no ser aplastado en pocos movimientos es necesario el estudio. Esto puede parecer incomprensible para quienes sólo le atribuyen y permiten una naturaleza lúdica, pero no olvidemos que la geometría, las matemáticas, la ciencia (en general) y el arte, están sometidos al dominio de unos conocimientos más o menos extensos. En el ajedrez, el conocimiento es descomunal. Sólo en el apartado “teoría de aperturas” se necesitan varias vidas para dominarlas todas. Es un coloso inagotable. Crees que estás preparado, pero nunca lo estás. Siempre hay una variante colateral, una novedad jugada en el último torneo, una línea “resucitada”, o una jugada inferior, para la que no estás preparado. Hay que conocer trucos de trasposición, celadas temáticas, esquemas tipo, estructuras de peones, etc., y eso es infinito.

Pero claro, algo hay que hacer. ¿Opciones?

Plan A: No estudias aperturas y confías en tu imaginación, en solucionar los problemas sobre el tablero, en tu habilidad táctica y estratégica en el medio juego. Problemas: Dilapidas todo tu tiempo en la apertura. Caes continuamente en trampas y trucos de trasposición. Muchas veces eres barrido del tablero antes de llegar al medio juego. Muy romántico. Muy poco práctico. Muy cómodo. Muy inefectivo.

Plan B: Estudias todas la aperturas. Problema: No eres humano.

Plan C: Seleccionas y creas tu propio repertorio. Problema: Aun así, es mucho lo que hay que estudiar, o te arriskas en ser “cazado” (como decimos en argot).

El Plan A apenas sirve para el ajedrez de café y ni siquiera eso. Al Plan B no se acerca ni de lejos ni siquiera los Gms, ni siquiera Kasparov.

El Plan C es el único realista, pese a sus inconvenientes. De entrada supone un sesgo evidente y siempre hay alguien que sabe más que tú en esa línea de apertura que tú pensabas que te sabías de rechupete. Además te hace previsible y es fácil prepararse contra ti. Pero claro, es la única opción.

Yo soy bastante versátil en mi repertorio – en consecuencia mi preparación teórica es horrible, pues ya se sabe lo de “quien mucho abarca poco aprieta”- en parte porque soy un vago al que no le gusta estudiar, en parte por desidia, y en parte (un poquito) porque mis tentáculos teóricos tenían la obligación de conocer un poquito de todas las principales aperturas ajedrecísticas. Ardua tarea.

Tranquilos. En El Hechizo no es necesario conocer nada de teoría de aperturas. Nada de ajedrez teórico. Pero el autor sí debía saber de qué hablaba cuando menciona una Pirc, una Scheveningen, o un Petrov. Ardua tarea documental.

BLOG 43 CURRÍCULUM OCULTO

“Educación es lo que sobrevive cuando lo aprendido se ha olvidado”. Skinner.

Consultado el oráculo infalible (je, je), esto es, la wikipedia, el currículo oculto se definiría como “aquellas lecciones o aprendizajes que son incorporados por los estudiantes aunque dichos aspectos no figuren en el currículo oficial”. Y añade, “pueden ser enseñados o no con intención expresa”.

Obviamente, y dado mi desempeño laboral como maestro, este es un tema que me toca de cerca y en el que creo firmemente. Creo mucho más en lo oculto que en lo revelado, impuesto, exigido. Creo que Don X me enseñó mucho más que los verbos irregulares de la lengua de Shakespeare, que la milimétrica equidistancia de los polinomios que dibujaba don M en la pizarra me ayudaron mucho más que las operaciones en sí mismas, que la gestualidad de don P y su vehemente defensa del esfuerzo como valor insustituible fueron un auténtico trampolín para mis logros laborales, y que la forma en que don C chocaba la mano, saludaba al inicio de la clase, nos exhortaba a indagar, ..., todo eso es lo que realmente me formó.

Y probablemente docenas de actitudes, valores y comportamientos que aún no he descubierto pero que tiznan mi personalidad actual, que aprendí sin estudiar, que inhalé automáticamente, que resuenan en mi memoria y viajan por mi recuerdo inconsciente y que, aunque quiera, nunca podré olvidar. Por eso se llaman ocultos. Están ahí, y los hemos adoptado, hasta el punto de que ya forman parte de nosotros, aunque no los veamos. Pero no sabría definirlos, enumerarlos, listarlos, detectarlos siquiera. No están en ningún documento formal, ni aparecen en ningún libro de texto. Pero son ellos los que realmente me enseñaron a ser exigente, afable, duro, flexible, con mis actuales alumnos.

Se transmiten imperceptiblemente, en una sonrisa, en un gesto, en un refrán, en una mirada, en un hábito, en un tono de voz, en un grito, en una forma de coger el bolígrafo, en un dicho con el que siempre haremos mofa de este o aquel profesor pero que realmente lo identificaba, en un deseo de perdurar, en un poso inevitable. Por eso me gustan tanto las citas, los refranes, el poder oculto de las palabras. Porque dejan poso.

Obviamente la gente me pregunta de qué va El Hechizo de Caissa, quienes son los personajes, los protagonistas. Como no quiero espantarlos dándoles una idea equivocada, les miento.

El Hechizo de Caissa, realmente, es una novela sobre dos estilos educativos contrapuestos. Y el héroe, el auténtico protagonista es..., el currículo oculto.

BLOG 44 BITÁCORA

“Se tiende a poner palabras allí donde faltan las ideas”. Goethe.

Cuando comencé a escribirlo pensé que jamás rellenaría sus más de ochenta o noventa páginas – no sé, no están numeradas- y hoy ya voy por el segundo. De gusanillo, tamaño cuartilla y tapas duras, aquel cuaderno me acompañó de principio a fin del Hechizo, y se me hizo tan necesario que a veces trasportaba mi novela en un diminuto pen-drive o incluso en un ligero diskette, pero siempre

acompañada del pesado cuaderno. Inseparable. Donde iba yo, iba el cuaderno.

En las primeras páginas escribí un resumen de la idea original. Pretendía llevar un cierto orden y esperaba que el cuaderno tuviese una apariencia relativamente aceptable desde el punto de vista formal. Hoy me río al ojear esa caótica colección de garabatos desafiantes de cualquier lógica y formato, multicolores, a veces absurdo, aderezados con flechas, exclamaciones, tachones, algún que otro *¡voy a conseguirlo!* y bastantes *¡vaya bodrio!*

En él consigné mis ideas, la estructura de la historia, los nombres de los personajes, los problemas que me iban surgiendo, las soluciones que se me iban ocurriendo, los puntos a tratar de este o aquel capítulo, lluvias de ideas (*¡nada de brainstormings!*, *¡Cervantes forever!*) (*¿captas la paradoja y el calado de mi abducción?*), frases, palabras sueltas, nombres y apellidos, fechas, ejes temporales, personajes, datos, nombres de aperturas, de jugadores, anécdotas, chistes, ocurrencias, ...

Un listado de “listados” que se pueden encontrar en mi cuaderno de bitácora:

1. Nombres y personajes.
2. secretos ocultos.
3. ideas para el epílogo.
4. Credo de R.
5. Cosas que NECESARIAMENTE tienen que aparecer.
6. ¿qué odia R?
7. Rutinas de trabajo (referido mi trabajo, nada que ver con la historia)
8. ¿qué tipo de irregularidades comete A?
9. Anécdotas ajedrecísticas a incluir.
10. Secuencia temporal del eje argumental 1
11. Secuencia temporal del eje argumental 2
12. Secuencia temporal del eje argumental n
13. planificación “optimista”.
14. ¿Títulos?
15. Citas.
16. Cosas que el lector debería conocer del ajedrez.
17. ...

Un listado de anotaciones diversas que se pueden encontrar en mi cuaderno de bitácora:

1. piedra preciosa de color verde...
2. al final de cada capítulo incidir en...
3. réplica, imagina tu p tras tu j...
4. fruta prohibida...
5. el poder de las palabras...
6. hay que aumentar la carga dramática en...
7. descripción ambiente de...
8. hacer una simulación de cómo quedaría cambiar tiempos verbales de ...
9. entrevista con LPC ¿cómo mierda voy a conseguir...?
10. escribe a vuela pluma...
11. decálogo de A...
12. joder, qué bueno Santiago Postiguillo...
13. exceso de extensión.
14. revisar comas sobrantes.
15. ...

¿Por qué se llama cuaderno de bitácora? La bitácora es/era el armario próximo al timón donde se

guarda/ba la brújula en los navíos. Algún purista me dirá que el título de esta entrada del blog debería ser precisamente ese: “cuaderno de bitácora”. Pero ahí está precisamente el quid; este cuaderno es mi bitácora porque sin él estaría totalmente perdido, sin brújula, sin timón, sin esperanza alguna de llevar a buen puerto El Hechizo. Un armario gráfico donde guardar ideas convertidas en palabras.

De nuevo, el poder de las palabras, que suelen querer decir mucho más de lo que dicen...

A mi bitácora le puse una etiqueta que rezaba: “LQPNMC”, cuyo significado revelaré más adelante.

BLOG 45 TODO ESTÁ EN LOS LIBROS

“Los mejores libros son aquellos que quienes los leen creen que también ellos pudieron haberlos escrito”Pascal.

Aunque me gustaría excusarme diciendo que leía toneladas industriales de literatura como una necesidad para la escritura (se trata de lo mismo, ¿no?), la verdad es que lo hacía por puro placer. Me había convertido en un lector compulsivo, y creo que no dejé de serlo (¿ya lo he conseguido?) hasta que me puse en serio a la faena de escribir *El Hechizo*.

Prioritariamente leía novela histórica. Me apasionaba. Haefs, Manfredi, Mc Cullough, Graves, Posteguillo,..., Roma y Grecia fundamentalmente, aunque tampoco le hacía demasiados ascos al medievo. Me enamoré de Alejandro, de César y de Aníbal, especialmente Aníbal, la personificación de la astucia y la audacia.

En un momento dado me planteé que tanta novela histórica no podía ser buena. Si mi intención era escribir una novela de ficción enmarcada en el mundo del ajedrez, en la época actual, flaco favor me haría imbuirme en tanta cultura grecolatina ¿no? ¿No sería mucho más inteligente empaparme de géneros menos específicos, menos arcaicos, más cotidianos. Aunque no eran géneros del todo nuevos en mi repertorio, comencé a leer thrillers, algo de novela negra, ficción pura, e incluso me atreví con algunos clásicos. Leí novela epistolar, narraciones retrospectivas, historias de misterio, navegué por la crueldad, la dulzura, el amor y el odio, la venganza, el misterio, el dolor, la amistad y la traición. No sé cuánto de todo esto ayudó al Hechizo, aunque sí tengo claro (por muy críticos u objetivos que seamos) que lo que leemos mediatiza nuestras ideas, nuestros puntos de vista, nuestras ideas, nuestra imaginación y nuestra formación cultural. Leer es vivir otras vidas, sentir otros sentimientos, viajar por otros mundos y ver la vida con otra perspectiva, un ejercicio tan placentero como necesario en ocasiones.

Y es que la lectura reposada va mucho más allá de la simple asimilación de conceptos, de la simple comprensión de un texto en forma de narración de una historia, del simple paladear de la sonoridad de los vocablos, de los rituales materiales, tangibles, físicos. A poco que nos lo propongamos, también tiene la facultad de despertar la imaginación. Pero sólo la lectura reposada, sin prisas, sin dejar una sola palabra sin escrutar. Leer mirando el reloj es improductivo en este sentido.

Escuché en una ocasión a un escritor, en una entrevista televisiva, defendiendo la necesidad de dejar de leer durante el periodo de producción literaria, para evitar ser contaminado por el estilo de lo leído. Me dio que pensar y os ruego, sufridos lectores que dejéis vuestros comentarios al respecto. Al principio pensé que tenía razón, y supongo que precisamente por eso abandoné temporalmente la lectura de novela histórica, pero ahora estoy convencido que lo que leemos alimenta nuestra escritura de manera muy positiva. Despierta nuestra imaginación.

Cierto es que la lectura del libro depende mucho del estado de ánimo del lector, como también lo es que si se afronta la lectura buscando técnicas narrativas, figuras retóricas, técnicas, ejes argumentales, etc..., has dejado de ser un simple lector para convertirte en un futuro escritor que se documenta leyendo. Y cuando eso me ocurrió, supe que El Hechizo de Caissa estaba fraguándose.

BLOG 46 EL TALLER LITERARIO 1. Una hormiga entre gigantes.

“Lo que llamamos casualidad no es ni puede ser sino la causa ignorada de un efecto desconocido.”Voltaire.

Sentía una ambivalente sensación de optimismo y derrotismo simultáneo. Por una parte escribía cada vez mejor, era evidente. Y por otra cada vez era más crítico conmigo mismo y me daba más cuenta de mis carencias. El fracaso del EODC me quemaba, pero todavía no estaba dispuesto a renunciar. Por otra parte la historia del Hechizo crecía en mi cabeza, las piezas del puzzle comenzaban a encajar, el tetris argumental cuadraba, incluso ya estaba urdiendo el final. Pero aún no tenía valor para sentarme frente al teclado. ¿Era valor lo que me faltaba? Me costaba reconocerlo, pero mi formación era demasiado deficiente. Por eso fracasé con el EODC.

A veces en la vida los acontecimientos ocurren gracias a pequeños detalles, a casualidades, a caprichosos del destino. ¿A veces? No entraré en discusiones semánticas de si fue la casualidad o la causalidad, simplemente diré que fue algo inesperado.

Acababa de leer una excelente novela histórica, “El hombre de Esparta”. Por casualidades del destino, el autor se la había regalado, con dedicatoria incluida, a mi hijo, y yo, depredador incansable, la leí con avidez y placer. Conseguí el mail del escritor y le envié un correo felicitándolo por su novela. Me sorprendió respondiéndome con prontitud y aprovechó para invitarme a un taller literario sobre novela histórica que él organizaba.

Al principio dudé. Yo era un hombre de acción y no me imaginaba compartiendo mesa redonda con sesudos literatos seguramente muy leídos., y algunos bastante escritos, jeje. Una hormiga entre gigantes. Pero aquello duró apenas unos segundos. Veamos los elementos de la ecuación: novela histórica, aprendizaje de técnicas de escritura, quizás el empujón que necesitaba esa historia que crecía en mi cabeza, quizás la solución a los problemas que me hicieron fracasar en el EODC,... Demasiado azúcar en el pastel. Y yo soy muy goloso. Acepté.

Bajó de la moto, se quitó el casco. Me acerqué y le dije: “El creyente, supongo”. Él me contestó: “Fernando, supongo”. Bueno, no fue así, claro, pero ¿a que mola cómo se me desboca la imaginación en cuanto estoy delante de un teclado?

En aquella primera sesión celebrada en una acogedora biblioteca (¡qué paraíso!) hablamos sobre la motivación para la escritura, sobre la necesidad que tenemos de escribir, sobre libros, sobre historias destinadas a ser contadas, sobre la pulsión que en ocasiones nos arroja sobre el folio en blanco para tizarlo, sobre..., y comprendí que no era un bicho raro. Yo era una hormiga entre gigantes, pero por alguna extraña razón me sentía de la misma especie.

Y así fue como conocí al “creyente”, el profe de aquel taller inolvidable. Él me animó, él me enseñó, él me orientó, y lo denomino así, creyente, porque él fue quien con más fuerza creyó en las

posibilidades del Hechizo. Su auténtico padre putativo.

BLOG 47 EL TALLER LITERARIO 2.

“Es mejor tener un mal plan que ninguno” Grau.

Asistí a varias sesiones del curso literario cada vez más emocionado, interesado y expectante. A cada nuevo tema, en cada nueva sesión, encontraba salidas de mi laberinto, respuestas a mis dudas, soluciones a mis problemas: tipos de narrador, estilos formales, características de la novela histórica, y especialmente dos temas que influyeron (quiero creer) notablemente en mi escritura: el tono y la estructura argumental.

Respecto al tono, El Creyente es un auténtico experto en el mismo. Nos transmitió la importancia de escribir con un tono adecuado, con humildad, sin presuponer nada en el lector y sin insultar su inteligencia. Nos mostró cuán delgada es la línea que separa la libertad de expresión y el respeto que todo escritor debe exhibir hacia sus lectores. Hizo hincapié en la necesidad de narrar creando un ambiente que invite a la lectura, que el lector nunca tenga la tentación de cerrar el libro porque de alguna forma haya podido sentirse vejado, ninguneado, menospreciado, ignorado o insultado, no ya con el contenido del texto, sino con el estilo. Me gustaría creer que el Hechizo se acerca, aunque sea de lejos, al tono narrativo que El creyente recomienda.

Respecto al segundo tema, la estructura argumental, sí que tengo la seguridad de que aquella sesión del taller literario fue realmente influyente en El Hechizo. Cuando llegué a casa, pasadas las 21:00 apenas saludé maquinalmente a mi mujer. Subí corriendo a mi destartada y caótica buhardilla, legendarios revoltijos de papelorios por doquier, y me hice hueco sobre el escritorio. Saqué dos dobles folios (DIN A-3), un cartabón que utilizo para estos menesteres y un par de rotuladores de colores. Tracé líneas arriba y abajo, paralelas, perpendiculares, recuadros de similar superficie (aunque lo hice a ojo), y el resultado fue una planilla cuadriculada en la que consigné los “posibles” capítulos numerados del Hechizo (no queráis saber cuántas modificaciones hubo posteriormente de este primer esbozo) en la columna de la izquierda, y el supuesto nombre de los tres ejes argumentales del Hechizo en la primera línea. Sonreí orgulloso y solté ansioso los rotuladores para lanzarme sobre el lapicero. Escribí ideas, verbos, acciones, pasajes resumidos en una frase, en cada una de las cuadrículas resultantes. Algo así. Primer capítulo-eje argumental de la historia de R: R recoge a M en el aeropuerto y..... Segundo capítulo-eje argumental de la historia de R: R juega al ajedrez con AV y M observa como ... Primer capítulo- eje argumental de la historia de A. Desavenencias escolares de A y M... ¿Se entiende cómo estructuré la narración de todo lo que acontece en El Hechizo de Caissa en esa planilla? En el eje de las abcisas los tres ejes argumentales, y los n capítulos en las ordenadas.

Le saqué humo al lapicero, escribí, borré, enguarré aquellos dos dobles folios con flechas, subrayados, anotaciones marginales y tachones, y a las dos de la madrugada recordé que no había cenado, que no había escuchado a mi mujer y mis hijos cuando me chillaban que bajara y que no había tenido ojos para otra cosa que no fuera aquel borrador.

Posteriormente, más clamado y con menos euforia salpicando el escritorio, corregí, retoqué, suprimí y trastoqué aquellas pinceladas. ¡Pero qué olvidado tenía al lápiz!

Ni que decir tiene que el producto final del Hechizo difiere bastante de aquel primer esbozo. Pero

creo que sin esas columnas maestras, el edificio del Hechizo se hubiera derrumbado indefectiblemente y jamás hubiera alcanzado el ático., ni el segundo piso.

BLOG 48 EL TALLER LITERARIO 3.

”La crítica es la décima musa” Gustav Flaubert.

El taller literario tocaba a su fin. Para la última sesión estaba previsto un libro-forum sobre la novela de Steven Pressfield “Puertas de Fuego”, sobre la batalla de las Termópilas, que todos los alumnos nos habíamos comprometido a leer. Después de casi hora y media colokuando sin desmayo pude llegar a la manida conclusión de que una novela puede catalogarse de obra maestra o de bodrio según el lector, su idiosincrasia, sus gustos, su estado de ánimo al leerlo, y mil imponderable imposibles de calcular. Pero supongo que tampoco esperaba un dictamen consensuado. No importaba, lo realmente interesantes fueron los argumentos que se utilizaron para la crítica. Me hizo darme cuenta de la madurez adquirida en el género de la novela histórica después del taller literario. No sé si éramos mucho mejores escritores (seguro que no) pero sin duda éramos mucho menos ignorantes en relación al género histórico.

Pero a mí me interesaba mucho más la segunda actividad prevista para esa jornada. La semana anterior El Creyente nos solicitó, a modo de ejercicio práctico voluntario, un esquema de una “posible” novela, proponiendo que en esa última sesión expusiéramos el esbozo al resto del grupo, para analizarlo y recibir las críticas oportunas.

Yo había estado trabajando en mi planilla de programación del Hechizo, y estaba ansioso por someter mis ideas al escrutinio de mis compañeros. Muchas veces creemos que hemos hecho una maravilla simplemente porque nuestra vanidad, nuestro ego o un estado de hiperexcitación (comprensible, pero excesivo) no nos dejan ver la realidad objetiva. Pero este es un problema común a toda producción literaria, artística, creativa: ¿hasta qué punto estamos cegados como para no reconocer la realidad? Porque con la ciencia, es bastante más fácil de precisar el éxito o el fracaso, pero con el arte... Y no digamos cuando sólo se trataba del simple esquema de una idea. Yo ya había salido bastante escaldado de mi experiencia con el EODC, y necesitaba el refrendo de alguna opinión autorizada y crítica (de eso no me cabía ninguna duda, porque si algo nos gusta por naturaleza a los lectores compulsivos, es criticar) antes de invertir de nuevo cientos de horas en un proyecto que quizás no pasase del cajón de mi escritorio. Por eso yo tenía mucho interés en saber la opinión de mis compañeros.

Y ahora el lector podrá elegir entre estas dos opciones:

- a) No expuse el esquema de El Hechizo porque otro compañero necesitó más de una hora en contarnos su proyecto, una prometedor historia de piratas berberiscos, y no hubo tiempo para más.
- b) Soy un cobarde temeroso de oír lo que no quería, y en el último momento me entró el “canguelo” y callé.

Cuando llegué a casa, y como “buen” ajedrecista que soy, sometí a análisis el fruto de lo acontecido esa jornada, y de todo el taller literario. ¿Queréis saber mis conclusiones?

1. Globalmente el taller literario había despertado mi sed de literatura en su vertiente productiva.
2. Había descubierto la necesidad de prestar una especial atención a la figura y el tono del narrador.
3. Había experimentado la programación como paso previo a la escritura.

4. Aunque no conocía el camino que me llevaría al Hechizo, El Creyente me había enseñado las calzadas de dirección prohibida.
5. Y estaba dispuesto a volver a intentarlo.

Podéis imaginar la eterna deuda que tendré siempre con El Creyente por todas sus enseñanzas, pero ya os anticipo que eso sólo fue el principio. Sin él, El Hechizo sólo sería un legajo polvoriento en un cajón de mi escritorio.

BLOG 49 PROCREANDO.

”Un hijo es una pregunta que le hacemos al destino” Jose María Pemán.

En mi absoluta ignorancia sobre literatura en general y técnica de escritura en particular, yo tenía la creencia de que tres eran los elementos fundamentales de una novela: forma, argumento y personajes. Me sentía bastante satisfecho respecto a mi capacidad en el primer aspecto, me sabía un desastre en el segundo y necesitaba mejorar considerablemente la caracterización de mis personajes. Antes de ponerme a escribir el primer capítulo, decidí hincarle el diente a este tercer frente de batalla.

Había leído, no podría recordar dónde, un método bastante interesante para este menester, consistente en hacer un listado de rasgos característicos siguiendo la siguiente clasificación:

1. Rasgos Físicos.
2. Rasgos Psicológicos.
3. Circunstancias personales: familia, trabajo, salud, aficiones...

Al principio me contenté con esto, y no tenía muy claro si había que listar todo esto de todos los personajes o sólo de los principales. Tenía cuatro personajes principales sobre los que no había ninguna duda, pero otra media docena podrían considerarse... ¿secundarios? Decidí “listarlos” a todos, por si acaso. En ese momento tan primitivo de todo este maravilloso “proceso”, creía en la necesidad de ser muy metódico y no dejar cabo sueltos, sin comprender que la calidad de una novela depende mucho más de la pasión y la ilusión con que se escribe que de su técnica. Así que, no fuera que más adelante tuviera que lamentar mi precipitación (como en el EODC), pequé por exceso.

Miré el resultado de mis afanes. Algo fallaba. Añadí tres categorías más, siguiendo la pulsión de quien no conoce lo que va a escribir pero sí aquello que no podía faltar:

1. Frases típicas de: (soy un fiel creyente en el poder de las palabras, y un obseso de las citas, los aforismos y las sentencias).
2. Adjetivo que lo define: (soy un obseso de la adjetivación, a veces excesiva)
3. Lo que odia:

A modo de ejemplo, los adjetivos que definen a mis personajes (no diré a quién concretamente) son: PERSEVERANTE, LÓGICO, RECTO, PREVISIBLE, FANTASIOSA, HONORABLE, IMAGINATIVO.

No sé calibrar cuánto de aquel trabajo preparatorio se plasmó en la versión definitiva del Hechizo de Caissa (la 3.9), pero creo que también en el Hechizo jugaba al ajedrez., de alguna forma. Preparaba muchas “líneas”, muchas “variantes” aunque luego me decidía únicamente por una de

ellas.

Pero si alguna vez escuché que los personajes del escritor son sus hijos, ahora os puedo asegurar que es cierto. (De nuevo el poder de las palabras). Nacieron en mis primeras meditaciones (¿9 meses? ¡por ahí, por ahí!), crecían día a día en mi cabeza, se alimentaban de mi tiempo, y en sus devaneos reproducían todos mis anhelos, todos mis temores, todas las vilezas que yo desprecio y las virtudes que admiro, y ahora que mi pluma ya no puede darles los coscorrónes que merecen, ..., me siento huérfano de ellos. Porque son como mis hijos. Los amé, los odié y ahora los echo de menos.

BLOG 50 LLUVIAS DE IDEAS.

”La idea que no trata de convertirse en palabra es una mala idea, y la palabra que no trata de convertirse en acción es una mala palabra.” Gilbert Keith Chesterton.

Por lo leído hasta ahora en este blog el lector puede hacerse una idea de mi idiosincrasia, de mis hábitos y de mi forma de afrontar los retos (escribir un libro es uno de los más ambiciosos de mi vida, por no decir el que más). Sé que corro el riesgo de parecer un carroza, aunque como ya expliqué anteriormente en otra entrada, creo que me adapto más o menos bien a los avances tecnológicos, aunque en parte deploro la dependencia (¿falta de libertad?) que de ellos tenemos. Igualmente soy bastante escéptico con las “novedosas” teorías psicológicas (¿será por que soy docente y creo que la psicopedagogía ha enmarañado innecesariamente mi mundo?) aunque reconozco que en ocasiones la psique tiene mucho que decir en la consecución de logros creativos.

Ahora lo llaman Brainstorming (¡qué manía de utilizar anglicismos para definir conceptos UNIVERSALES!, pero es que así parece que somos más IN, más “en la onda”, más actuales), pero la lluvia de ideas como recurso para captar ideas, para estructurarlas, para producirlas, es tan vieja en mis procedimientos habituales que mis conocidos no me recuerdan trabajando sin una pizarra. Como ya comenté al hablar del cuaderno de bitácora y de las planillas de programación argumental, creo firmemente en el poder de las palabras y que las ideas se articulan en torno a ellas. Creo en la necesidad de apuntar todo lo que me bulle en la cocorota, a veces a sabiendas de que será una simple anotación condenada a ser eliminada en pocas horas, a veces sin tener muy claro a dónde me llevará esa línea de pensamiento, pero siempre sabiendo que no es un trabajo estéril, porque las ideas – y su traducción a palabras- son generadoras de más ideas.

Un ejemplo curioso. En una reunión de trabajo una compañera utilizó la palabra “soslayo”. Me gustó su sonoridad y la anoté en mi cuaderno. Al llegar a casa escribí SOSLAYO en el centro de mi pizarra. A partir de ahí comencé a trazar líneas con otras palabras derivadas, conectadas, más o menos vinculadas, y al final había diseñado un microepisodio de uno de los principales ejes argumentales. Poco o nada tenía que ver con esa palabra generatriz, quizás no había ninguna relación causa - efecto, pero – ya lo he dicho mil veces, y esta una más – yo creo en el poder de las palabras y en su capacidad para evocarnos ideas. ¿Acaso no es eso la literatura?

Imaginad a mis hijos subiendo a mi buhardilla y encontrándose, reinando en la pizarra mural, en rojo y subrayado, un “MATAR A R”, o un “TÓRRIDA ESCENA ENTRE M Y S TRAS LA P”, escoltado por una decena de flechas coronadas con anotaciones, adjetivos y verbos. ¿Qué pensarían?

Una segunda utilidad básica de mi pizarra es la ordenación de secuencias argumentales. Por así decirlo, es lo mismo que las planillas de programación argumental ya explicadas, pero en la pizarra y únicamente para una unidad narrativa menor (capítulo, secuencia...).

Y la tercera utilidad es la posibilidad de utilizar la pizarra para trazar ejes temporales. Esto es difícil de entender hasta que no leáis *El Hechizo de Caissa*, pero podréis fácilmente comprobar que de alguna forma tenía que controlar, a lo largo de la secuencia argumental global, las edades que cada personaje iba teniendo en cada periodo narrativo. Una línea horizontal numerada a escala era perfecta para este menester, y en la pizarra podía hacer todas las modificaciones que fueran necesarias.

Ya estoy oyendo a alguno diciendo que soy un maestro arcaico siempre tirando de pizarra, un dinosaurio estancado y nostálgico, y que hay un montón de aplicaciones informáticas que cubren estos objetivos. Pues yo digo que acepto la utilidad-potencia-idoneidad de los procesadores de texto para la redacción del texto, pero para “parir” ideas, no hay nada como una pizarra.

BLOG 51 EL HOMBRE DE LAS MIL CARAS.

“Una verdad sin interés puede ser eclipsada por una falsedad emocionante.” Aldous Huxley.

Supongo que es un absurdo, pero la ignorancia es muy atrevida. Me pregunté cómo podía meterme en la piel de mis *hijos*, mis personajes, y me contesté: convirtiéndote en ellos mismos. Esto ya lo venía haciendo algún tiempo atrás. Ya narré cómo me convertí en “maestro” dando cutres lecciones ajedrecísticas o en ajedrecista ciego, y durante un tiempo mis compañeros, mis familiares y mis amigos me vieron comportarme con una inusitada LÓGICA, FRIVOLIDAD, RECTITUD, PERSEVERANCIA, y jugaba un ajedrez muy versátil (según el jugador-personaje al que pretendía emular en ese momento). Me convertí en el hombre de las mil caras y ahora me pregunto ¿es un procedimiento correcto para escribir una novela? ¿Es necesario convertirte en tus personajes o basta con comprenderlos? No sé. Creo que debe haber alguna forma mucho más fácil y que tanto celo en el proceso de documentación era enfermizo. Pero yo lo hice así. Quise saber qué se sentía siendo frívolo, lógico, imaginativo, arriesgado...

Especial repercusión tuvo mi actitud mutante en mi ajedrez competitivo, y justo es reconocer que fueron mis compañeros del club de ajedrez quienes en mayor medida sufrieron mis caprichos. No hay que olvidar que la competición principal se jugaba por equipos (el campeonato interclubs) y mis continuos cambios de estilo, tan inoperantes en la competición ajedrecística como ya anteriormente expliqué, perjudicaban notablemente a mis compañeros. Durante una temporada entera perseguí infatigablemente una “inmortal” (la partida inmortal jugada por Andersen y Kieseritzky durante la época romántica constituye el paradigma de obra de arte ajedrecística) y no sólo no lo logré (gané una partida con sacrificio de dama, pero fue una combinación errónea y vencí “atracando” a mi rival) sino que además perdí muchos valiosos puntos en los matches colectivos y decenas de puntos ELO en mi puntuación personal. En esa época lo daba todo por bien empleado. ¿Era necesario? Ahora sé que no. Pero confieso que me divertí mucho.

De mis muchos errores en la producción del *Hechizo de Caissa*, éste es uno que fácilmente pude constatar. Pensándolo fríamente y con la perspectiva adecuada, no era demasiado difícil darse cuenta de que no es necesario convertirse en un personaje para poder escribir sobre él, saber (¡imaginar!, de eso se trata ¡valiente escritor estoy hecho si no me doy cuenta de ello!) cómo actuaría, saber cómo hablaría, qué diría... ¿Os imagináis a Cervantes estampándose contra las aspas de los molinos?

Y de nuevo tengo que reconocer que transformarme en mis personajes era emocionante. Mucho más que mi insípida existencia de maestro. Leer es vivir otras vidas, meterse en la piel de los personajes

de la novela, y yo quería creer que para escribir también eso era necesario. Pero es mentira. Sólo lo hacen los escritores con poca imaginación.

Y supongo que por ese mismo motivo los personajes del *Hechizo de Caissa* son, son, son..., ¿extremos? ¿exagerados? Vosotros lo juzgaréis.

BLOG 52 A PROPÓSITO DE HENRY.

“Una verdad sin interés puede ser eclipsada por una falsedad emocionante.” Aldous Huxley.

Con esa puerilidad con que a veces capitaneo mis decisiones, me encanta bautizar algunos de mis escritos con títulos de películas, no porque el contenido del texto tenga mucho que ver con el argumento del film, sino por lo que sugiere el propio título. Por eso, que nadie busque parecidos de ningún tipo entre el sujeto del que voy a escribir y Harrison Ford. Simplemente me apetece, y además ya sabéis que en este blog estoy utilizando alias para los personajes reales. En este caso, Henry es un buen nombre.

Aunque este tipo de reflexiones puedan ser ociosas y gratuitas, ¿alguna vez nos hemos parado a pensar en la influencia que ejercen las personas de nuestro entorno – familiares, amigos, compañeros de trabajo, enemigos...- en nuestra cosmovisión, en nuestras decisiones, en nuestra idiosincrasia y en nuestro talante? Somos lo que vemos, que decía aquél.

Así pues, y retomando el tema de los personajes de *El Hechizo de Caissa*, no es de extrañar que algunos de sus rasgos característicos sean sospechosamente similares a los de algunos amigos, familiares y compañeros míos. Sin duda la influencia más evidente (aunque quizás más sutil) es la de mi padre, por la simple razón de que siempre es el padre /madre el principal, fundamental, primario y más importante educador. No me importa lo que nos diga un coyuntural ministro, unos visionarios psicopedagogos, la caja tonta, la red de redes o Pototo el de la moto, porque el día en que los padres cedan su protagonismo (¡y responsabilidad!) a otros “elementos” educadores, entonces lloraré y comenzaré a creer en el Apocalipsis. Pero quitando esta evidente fuente educativa, en *El Hechizo* hay unos cuantos personajes que se han nutrido de algunos compañeros del club de ajedrez al que pertenezco. En posts anteriores, y también en clave, ya hablé de tres de ellos, (RBR, el Director y Cicerone Koga) pero sería injusto si no reconociera que el presidente del club los Xuferos ha sido una influencia decisiva para caracterizar a mis personajes del *Hechizo*. Le llamaré Henry.

Henry es un formidable jugador de una fortaleza ajedrecística enorme y de una fortaleza moral descomunal y envidiable. Su porte, su medida, sus ademanes, sus enciclopédicos conocimientos sobre historia ajedrecística y su amor desmesurado por Caissa, son un impresionante ejemplo difícil de ignorar, e imposible de alcanzar. No sólo es el alma del club, junto con RBR, sino también su cabeza pensante, el hombre que toma las decisiones, el código moral que alumbró la filosofía de club que reina en Los Xuferos: política aperturista y amistoso amateurismo por bandera. Pero es su especial forma de comprender el ajedrez lo que llama la atención. Su estilo es predominantemente combinador, abierto e incluso arriesgado, pero siempre sometido a la más estricta lógica y corrección matemática. Se relame cuando combina correctamente, pero deplora la especulación en los sacrificios y su frase preferida es: “esta combinación es más falsa que el beso de Judas”. Obviamente gustamos de estilos ajedrecísticos muy dispares pero me reconozco deudor de su científica perspectiva, a la que admiro. Su ajedrez se define en una palabra: correcto. Además no existe anécdota que desconozca de la historia romántica del ajedrez, de los clásicos jugadores, de los Alekhine, Capablanca, Keres, Lasker,... ¡lo sabe todo!

Es un sincero placer compartir con él una cerveza, separados o no por 64 cuadrículas razones, sentir su presencia y su crítica mirada sobre tus trebejos, y analizar una partida en el post-mortem en su compañía y con su milimétrica objetividad. Se cuentan por miles las partidas que con él he jugado. Cuantitativamente debe ser mi mayor *alter ego* ajedrecístico, y no es casualidad que dos de los personajes del *Hechizo* compartan con él inequívocos rasgos característicos. Ni que yo haya llegado a amar a Caissa con tanta pasión como él. Otra deuda que no sé cómo ni cuándo podré pagar.

BLOG 53 EL TALENTO DE MR. RIPLEY.

”El ingenio quizás es al talento lo que el instinto a la razón.” Jules Renard.

El ajedrez es una disciplina donde aparecen con relativa frecuencia niños prodigio, al igual que en la música y en las matemáticas. Como docente que soy, no dejo de plantearme la eterna disyuntiva ambiente-herencia en cuantas disciplinas analizo. Y, obviamente, también con el ajedrez. Resulta curioso constatar cómo algunos aprendices apenas conociendo unas cuantas reglas básicas (desarrollo, tiempo, centralización) inmediatamente desarrollan una comprensión posicional realmente sorprendente, mientras otros concienzudos estudiantes necesitan toneladas de literatura específica para alcanzar un nivel parejo.

Es mentira. Hasta un stajanovista como yo asume que por mucho que se estudie, se trabaje, se juegue ajedrez, si la perseverancia no va acompañada de talento innato, no hay nada que hacer. Algunos libros teóricos afirman que el trabajo de entrenamiento es un 95% del éxito y apenas atribuyen protagonismo al talento. Pero es mentira. Para ser un buen ajedrecista hay que nacer y hacerse. Ambas cosas. Sin esfuerzo y duro trabajo no se llega ni a la mitad del camino. Pero si se quiere llegar al ático, además has de ser talentoso.

Con mi manía de simplificar las cosas (un contumaz error existencial, porque la vida es complicada per se) y admirador incondicional del “antiguo plan de estudios” (en contraposición con el invento este del diablo, hijo de la Logse y primo hermano del sinsentido de nuestros gobernantes), yo siempre digo que el ajedrez es para gente de *ciencias*. Para mentes calculadoras capaces de hablar un idioma abstracto, geométrico, fundamentado en el cálculo, en el análisis, en las variantes y las combinaciones, en... en las matemáticas. Y claro, los de *letras*, lo tenemos crudo, porque Caissa se expresa actualmente en código binario y la fantasía creadora va siempre un paso por detrás del tirano algoritmo matemático.

Mr Ripley es “El Director”, del que ya hablé en anteriores posts. El director apenas estudia ajedrez, no sabe casi nada de aperturas, no es especialmente destacable por su capacidad táctica, ni por su maestría en los finales, ni por sus estrategias o planes de medio juego, pero tiene un talento especial: es un zombi. Así me gusta llamarlo. Siempre está “inferior” (esto es argot ajedrecístico, del que se hablará en El Hechizo), sus posiciones son asquerosas, malísimas, muchas veces afronta los finales en clarísima inferioridad posicional e incluso material, a veces sus defensas son coladeros llenas de columnas de penetración, puntos débiles y diagonales asesinas encarando a su monarca,..., pero es difícilísimo rematarlo. Para vencerle hay que darle mate, porque si no ese Ave Fénix saldrá de su sepulcro para clavarte sus zarpas y arrancarte el corazón. Le he visto remontar partidas increíbles y donde él ve lucha yo sólo veía abandono. Donde él ve agon, yo sólo veo rendición. Donde él ve posibilidades, yo sólo veo desesperación. Y donde yo claudico resignado, él aprieta los dientes y da la vuelta a las tornas para resurgir y vencer. ¿Exagero? Nada de eso. Lo ha hecho muchas veces y ha pasado de “estar perdido” a “ganar” (de nuevo el argot) en decenas de

partidas. Sin estudiar, sin apenas jugar torneos, sin ninguna ciencia ni entrenamiento, *el director* logró dos ascensos consecutivos en competición individual y el tercer año mantuvo con holgura su categoría preferente. ¿O no fue él? No. Fue su zombi.

Él personifica aquello de que “nadie ha ganado una partida abandonando”, lo de “mientras hay vida hay esperanza” y él me enseñó la profundidad de eso que llamamos agon-lucha.

Y, paradojas de este maravilloso y escaqueado invento celestial, el director es profesor de literatura y teatro. Un hombre de letras. Un hombre de palabras. Un hombre de palabra.

Y yo sigo acumulando deudas.

BLOG 54 ESENCIA DE MUJER.

”Las sensaciones no son parte de ningún conocimiento, bueno o malo, superior o inferior. Son, más bien, provocaciones incitantes, ocasiones para un acto de indagación que ha de terminar en conocimiento” John Dewey.

No sabría decir cuándo ocurre. Quizás sea algo progresivo, o quizás ocurra en una partida determinada. Quizás sea el momento en que Caissa te besa por primera vez. Quizás sea el momento en que realmente te conviertes en ajedrecista. Quizás sea cuando descubres su magia. Es el momento en que comienzas a percibir todas las sensaciones que acompañan a ese trivial juego,... y deja de ser trivial.

Las hay de carácter físico. Cuando combinas el tacto de los trebejos con el sabor de un café o un licor, cuando escuchas el silencio del pensamiento de tu adversario, cuando ejecutas maquinal e involuntariamente ese tic, ese gesto característico del jugador (tironearse el labio, frotarse las sienes, tamborilear en la mesa, pasar las piezas capturadas de mano a mano, asentir calladamente o negar con esos escorzos de cabeza), cuando la vejiga urinaria amenaza con estallar y miccionas con machacona insistencia, cuando gotas de nervioso sudor perlan tu frente, cuando miras sin ver y oyes el silencio, cuando intentas escrutar sus intenciones en las miradas de los mirones sobre el tablero, cuando carraspeas para ahuyentar algún fantasma interno o disimular un retortijón estomacal (estabas tan excitado por la partida que olvidaste comer), cuando...

Otras sensaciones son cognitivas o técnicas: la sensación de superioridad cuando percibes la inferioridad de los conocimientos teóricos de tu adversario, la sensación de vulnerabilidad cuando eres tú quien cae en esa burda celada, lo miserable que te sientes cuando -como buen hombre- vuelves a caer en la misma posición inferior en esa variante que habías olvidado, el recuerdo de aquellos torpes ataques en contraposición con tu actual capacidad para el cálculo exacto de variantes, tus dudas sobre si realmente el dictamen es de tablas o debes jugar a ganar, la presión de tus compañeros que valoran tu posición de diferente forma y te obligan a arriesgar, tus miedos internos imposibles de acallar...

Y finalmente las sensaciones psicológicas, las anexas, esas que poco tienen que ver con el juego en sí, pero que son un elemento clave en esta vivencia: esa tonadilla de fondo que canturreas en silencio – quizás la última canción que oíste -, esos pensamientos colaterales que enturbian y sazonan tus cálculos – tu amor, tus problemas, tus inquietudes -, ese olvido de asuntos mundanos, ese remanso de quietud, ese espacio neutro donde se detiene el tiempo y dejas de meditar – sobre tu amor, sobre tus problemas, sobre tus inquietudes -, ese agon desbocado, ese fair-play olvidado (o no), ese oxígeno lúdico imposible de definir... Y mención especial para ese especie de “orgasmo caissístico” que te posee cuando haces una combinación táctica con sacrificio. Parecería que esto

debería ser una sensación cognitiva o técnica, pero os aseguro que es psicológica.

Cuando eres capaz de sentir todo esto, cuando conoces la esencia de esta mujer, cuando conoces a Caissa, entonces eres un ajedrecista. Entonces dejas de jugar al ajedrez para gozar el ajedrez.

Y ese es, sin duda, el mayor objetivo - y seguramente el más complicado- que me propuse al escribir “El Hechizo de Caissa”: transmitir estas sensaciones. ¿Lo conseguiré?

BLOG 55 ¿POR QUÉ ESCRIBIMOS?

”Cada uno de los movimientos de todos los individuos se realizan por tres únicas razones: por amor, por honor o por dinero.” Napoleón Bonaparte.

Cuando muchos de mis conocidos supieron que había escrito un libro, pensaron que se trataba de un libro técnico. No me podían imaginar más que corriendo o chocando contra defensas o escalando montañas o revolcándome por un tatami o..., lo que demuestra cuantas facetas ocultas completan nuestra personalidad. Cuando luego se enteraron de que el libro se enmarca en el mundillo ajedrecístico entonces asienten porque sí conocen mi amor por Caissa. Esperan una historia de eso, de ajedrez. Pero El Hechizo de Caissa es otra cosa. Quienes han leído los borradores iniciales lo saben. Y detrás de la inevitable primera pregunta “¿de qué va?”, viene la segunda “¿y tú, por qué lo has escrito? Ésta tiene una respuesta algo más compleja.

Recuerdo que leí un interesante libro titulado “El gozo de escribir” de Natalie Goldberg. Como dice en la contraportada *“existen cientos de libros que hablan sobre cómo no escribir mal, pero éste habla sobre cómo escribir bien. El secreto de la creatividad consiste en eliminar reglas en la escritura, no en añadirlas”*. Obviamente las contraportadas buscan ventas de libros y confieso que el contenido me decepcionó porque yo buscaba precisamente eso, reglas de escritura. Pero ya se sabe que la valoración que hacemos de la calidad de un libro depende muchísimo de nuestro estado de ánimo y de las expectativas que nos despierta. A veces esperamos una obra maestra porque un amigo nos lo ha recomendado vivamente, y luego nos defrauda simplemente porque el estado de ánimo de nuestro amigo y el nuestro en el momento de su lectura era muy distinto. Seguro que esto también pasará con el Hechizo. Bueno, lo cierto es que en el libro de Goldberg había un capítulo dedicado a los motivos por los que escribimos. Un capítulo que nos empuja a la reflexión. Natalie Goldberg hace un listado de motivos para la escritura y advierte que es muy difícil detallar con precisión la totalidad. ¿Cuáles son los míos?

El orden no importa lo más mínimo:

1. Porque me duele ver lo poco que leen mis alumnos. A ver si al menos leen una novela “que la ha escrito su profe”.
2. Porque la gente (¡qué socorrido e impreciso es esto de “la gente”) desconoce la pasión del ajedrez. Y Caissa me ha dado tanto, que creo que debo presentársela a mis “conocidos”.
3. Porque creo que la sociedad es tremendamente injusta con los deportes, aficiones, entretenimientos y artes minoritarios. Y Frikie es un término con unas connotaciones tan injustas como terribles. El ajedrecista no merece el trato que la sociedad le reporta.
4. Porque la tele cada vez da más asco y soy poco amigo de videojuegos y todas esas nuevas formas de entretenimiento. Y porque he consumido muchas manifestaciones culturales (especialmente la literatura) y creo estar un poco en deuda. Tendremos que aportar algo, ¿no?
5. Por no defraudar a algunos amigos que me insistían “escribe, escribe”.

6. Porque vivir sin luz es una proeza que merece un homenaje.
7. Para ganar mucho dinero, ganar el Nobel de Literatura y retirarme a los 50 años forrado. (¡Bastante me estoy carcajeando yo al escribir esto, así que no os riáis, que os oigo!)
8. Porque siempre he sido un mediocre incapaz de acabar nada de lo que he empezado y ésta es la primera vez que he escrito FIN. (De hecho, ahora recuerdo que no lo he escrito de facto, pero ya me entendéis)
9. Porque cada mañana me invade el pensamiento (¡el sentimiento!) de que la educación tal como yo la entendí y conocí está desapareciendo, está cambiando y no para mejor, y a la pregunta “¿qué estilo educativo sería el tuyo si pudieses elegir?”, la respuesta tiene un nombre muy claro: El Hechizo de Caissa.
10. Para pagar unas cuantas deudas de gratitud con algunos de los personajes de este blog – ya conocidos por todos, y si no es así ¡releed las entradas antiguas!- y especialmente con mis padres.

Y podría continuar hasta el infinito.

BLOG 56 “Y UNA PIEDRA EN EL CAMINO, ME ENSEÑÓ QUE MI DESTINO...”

”La vida es aquello que te va sucediendo mientras tú te empeñas en hacer otros planes” John Lennon.

Ya había comenzado a escribir *el Hechizo*, aunque entonces no lo llamaba así. Lo etiquetaba como LQPNMC (“Lo que papá nunca me contó”). Supongo que llevaría unas treinta páginas y debo confesar que de momento me gustaba lo que había escrito. Pero ese duendecillo que siempre me acompaña, ese ser despreciable que me susurra al oído vertiendo veneno en mis pensamientos, ese gusano inmundito que siempre dinamita mis sueños y menosprecia mis actos, esa parte de mí que siempre anhelo destruir y que se esconde bajo los ropajes de la realidad, ese lado oscuro que estoy seguro que todos tenemos, me decía que no me hiciera ilusiones. Que, como siempre, sería *arrancada de caballo y parada de burro*, el inicio de uno de mis múltiples proyectos inconclusos, condenado de antemano al abandono por hastío o por incompetencia, o quizás por falta de voluntad o perseverancia. Y debo confesar que en el fondo estaba convencido de que antes o después su pesimismo acabaría poseyéndome y tendría que inclinar mi rey ante su insistencia. Sabía que el tiempo erosionaría mis ilusiones y yo mismo me buscaría excusas (trabajo, familia, etc...) para rendirme, como con el EODC. ¿Os suena familiar?

Era un jueves de una húmeda mañana de finales de octubre. La víspera llovió copiosamente y alguien con un poco más de cerebro hubiera optado por acudir al trabajo en coche. Pero a las 7:45 de la mañana no llovía y decidí coger la bicicleta, medio de transporte con el que habitualmente me desplazo desde mi casa hasta el Instituto donde trabajo como profesor. Atravesé el embarrado camino hortelano contento de alcanzar el asfalto. Crucé la verja metálica saludando a mi paso a compañeros y alumnos, mientras pedaleaba ya en el interior del recinto educativo. Al pasar por encima del enorme charco sentí cómo la rueda delantera se deslizaba hacia la izquierda, un involuntario derrape que me precipitó sobre la “laguna”. Instintivamente apoyé el brazo izquierdo – algo que todo judoka sabe que es una aberración – con tan mala fortuna que éste resbaló sobre la inmundicia acumulada en el charco y se anguló peligrosamente para provocar una dolorosa palanca que desplazó la cabeza del húmero hacia el interior de la articulación escapulo-humeral. Me levanté maldiciendo mi suerte, todavía ignorante de mi estado, y anduve los últimos metros hasta mi despacho. El dolor era muy intenso al quitarme el chubasquero y la sudadera, pero aún tuve suficiente presencia de ánimo para comprobar que se trataba de una luxación e intentar reducirla a

las bravas (a lo “arma letal”), pero ni con ayuda de mi compañera lo logré. Cuando me llevaron al hospital comencé a perder la sensibilidad en el brazo. El hueso deformado presionaba sobre la arteria, probablemente, y entonces comprendí que era grave.

En urgencias me redujeron la luxación sin muchos miramientos, pero no me importó. Era necesario y urgente. A las dos horas volví a casa con el brazo en cabestrillo, no sin antes prometer a mi directora que el lunes siguiente, si me encontraba bien, volvería al trabajo. Iluso de mí. ¡Qué lejos estaba de imaginar que aquella era la lesión más grave que nunca sufrí (y os aseguro que he sufrido muchas) y que mi convalecencia se prolongaría más de medio año!

Más adelante profundizaré sobre todo el proceso de rehabilitación y cómo me organizaba para aprovechar el tiempo al máximo, pero ¿os dais cuenta de que ahora ya no tenía ninguna excusa? Recordé una cita, de no sé quién, que decía algo así como que había que hacer de la tragedia una oportunidad. ¿Cómo era posible que yo, balonmanero consagrado, cinturón negro de judo, avezado ciclista, jugador de rugby, de hockey, de basket, esquiador, escalador...., hubiera tenido esa “mala caída”? ¿Había sido una mala caída? Quizás el destino, por esta vez, estaba dispuesto a demostrarme lo contrario. Quizás ahora podía comprender aquello de *la relatividad de lo que nos acontece y el color del cristal con que se mira*. Ahora sólo me faltaba el valor para convertir mi caída en una oportunidad. En un ascenso.

En casa, mientras me atiborraba de analgésicos, miré a mi *lado oscuro* en el espejo, y le dije: “te vas a enterar, maldito”.

Así que, aquel charco en mi camino me enseñó que mi destino era escribir y escribir...

BLOG 57 QUIRÓFANO Y REHABILITACIÓN

”El dolor es inevitable pero el sufrimiento es opcional.” Buda.

Los primeros días tras el accidente fueron terriblemente dolorosos, pero sólo desde el punto de vista físico. Pese a la gravedad de la lesión – rotura del labrum/cápsula articular, rotura de dos tendones del manguito de rotadores y fractura del troquíter – y la incomodidad que suponía el cabestrillo, era el brazo izquierdo y yo soy diestro, y además podía caminar y más o menos valerme por mí mismo. Algo muy diferente a las lesiones de tren inferior que suelen suponer inmovilización e imposibilidad de desplazamiento. Pero a mí no se me escapaba que aquella era una “señora” lesión, y el médico me indicó que cuando se hubiera reabsorbido el edema que anegaba mi hombro, tendría que pasar por el quirófano.

Antes de la operación, al margen del dolor y de que iba permanentemente dopado (más tarde mi estómago pagaría un alto precio por tanta orgía farmacológica), la cosa era bastante llevadera. Podía escribir con la mano derecha. De hecho, en ese periodo pude escribir bastante más de lo que esperaba, pese a la incomodidad, y si no fuera por el dolor hubiera podido considerar ese periodo como “de asueto”.

A finales de noviembre (exactamente el día de mi cuarenta cumpleaños, para que no lo olvide nunca) me reconstruyeron el hombro insertándome cinco tornillos. Como seguro que todos los lectores han pasado alguna vez por alguna intervención de este tipo, no me explayaré en exceso sobre el dolor, la sensación de impotencia, y la inquietud que me embargaba ante un inexacto e incalculable “periodo de rehabilitación”. La inmovilidad (lo peor era dormir con aquel asqueroso aparato ortopédico que me endosaron, de una rigidez absoluta) y la inacción son una auténtica

tortura para un hombre de acción y deportista activo como yo.

Pero eso era porque aún no conocía el auténtico significado de la palabra tortura. Me lo enseñó el amable fisioterapeuta encargado de los ejercicios de “movilización” de mi programa de rehabilitación. Sólo de recordarlo, mis tendones ya se quejan.

Como carece de interés, sólo diré que el proceso de rehabilitación fue largísimo, -incluso cuando me dieron el alta médica y volví al trabajo continué mis ejercicios -, dolorosísimo y muy exigente en cuanto a disciplina. Que yo recuerde fueron 45 sesiones en el centro de rehabilitación de algo más de hora y cuarto u hora y media, a base de infrarrojos, onda corta, ejercicios de movilización (“tortura” pura y dura, pero a los médicos les encantan los eufemismos), ejercicios de rehabilitación en piscina, ejercicios con barra, ejercicios con polea, ejercicios con sobrecarga y electroestimulación, y algunos otros (pendulares, resistidos) que se prolongaron muchos meses más. No lloriqueo gratuitamente, sino simplemente sirva esto para indicar que la rehabilitación me suponía unas cinco horas diarias, sin contar los desplazamientos (de los que hablaré en mi siguiente post). Así que no fueron precisamente unas vacaciones. Y lo que nadie sabía es que el resto del tiempo no lo dedicaba a ver la tele, sino a leer y a escribir. El Hechizo estaba en marcha, y ahora disponía de tiempo para avanzar en la historia. Es curioso. Tenía todo el tiempo del mundo y sin embargo me obsesionaba el comenzar a trabajar – a que me dieran el alta - y dejar a medias El Hechizo, porque sabía que entonces corría el riesgo de abandonarlo definitivamente. Era un sentimiento ciertamente paradójico y ambivalente: trabajaba durísimo en mi rehabilitación física (lo juro) y simultáneamente deseaba aprovechar al máximo aquel estatus y avanzar todo lo que pudiera el Hechizo.

Cuando acabé las sesiones programadas, el doctor/rehabilitador me dio el alta felicitándome por la velocidad de mi recuperación. “¿Y el dolor?”, pregunté yo. “Ese no es mi trabajo. Mi misión era recuperar la movilidad del hombro, y ya estás al 100%” contestó. Cierto, había recuperado el 100% del rango articular, pero dolía a rabiar y en ese momento comprendí que nunca más volvería a ser el mismo. Que nunca más mi lanzamiento sería un latigazo que sorprendería a los porteros, que no volvería a marcar Ippon con un Uchi-mata y que estaba deportivamente acabado. Ni los analgésicos, ni la natación, ni la cortisona podían hacer nada para remediarlo. Menos mal que me quedaba el ajedrez y la escritura ¿no?

Aquellos cinco meses, fueron una auténtica maratón. Y aún hoy estoy convencido de que sin aquella “desgraciada” lesión, El Hechizo de Caissa nunca hubiera visto la luz. ¿Merecerá la pena el precio que pagué?

BLOG 58 CAMINA O REVIENTA

”La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para que sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar.” Eduardo Galeano.

De noviembre a marzo escribí casi todo *el Hechizo*, lo que es decir mucho considerando que todavía desconocía lo extenso de la fase de “corrección”. Pero la producción literaria propiamente dicha “me la merendé” en ese periodo.

Rutinas de trabajo:

1. Comenzaba el día sobre las 5:00. Pese a disponer de todo el día, continuaba aprovechando mis horas más creativas en el amanecer (o de madrugada, que en invierno seguía siendo noche

cerrada). Esto es muy importante y pronto lo comprendí. En aquellas horas es cuando mayor creatividad desplegaba y hubiera sido un craso error intentar “crear” cuando estaba más fatigado o cuando los ruidos mundanos pudieran molestarme. Obviamente a las 5:00 (aproximadamente hasta las 8:00) no había alma alguna que perturbara mi proceso creativo.

2. Después del desayuno, cuando mi familia se iba a trabajar o al colegio, realizaba mi primera sesión de rehabilitación en casa, algo menos de una hora.

3. Otras dos horas de trabajo, a veces de escritura, a veces de programación de la siguiente secuencia (en mi inseparable pizarra), a veces de corrección de lo elaborado en la madrugada.

4. Poco antes del mediodía me echaba el chubasquero encima, un libro (¡cuanto leí en aquella época!) un paquete de chicles, mi inevitable cuaderno, y salía a caminar. Como no podía hacer ninguna actividad física (aún pasarían muchos meses antes de poder correr) el médico me recomendó que andase mucho. Yo vivo en El Puig y tomé la costumbre,- no siempre, pero sí muchos días- de ir hasta Valencia caminando, unos 16-17 km (algo más de 2 horas- 2 horas y cuarto). Llegaba a Valencia a la hora de comer y muchas veces lo hacía en casa de mis padres o de mi suegra. Era difícil explicarles que pese a mi baja laboral yo tenía que continuar mi vida, porque por ellas tenía que vivir en sus casas, comer, pasar la tarde, cenar, etc., como si fuese un inválido. Mi madre solía decir, “ay, tanto tiempo sólo y aburrido en tu casa, ¿por qué no vienes a la mía...?”. Olvidaba decir que la escritura del Hechizo fue un secreto que sólo conocía mi mujer y mis hijos. Nadie más. Pero bueno, aquellas caminatas, además de necesarias desde el punto de vista terapéutico y físico, fueron tremendamente instructivas.

Un inciso. ¿Alguno ha leído la novela “Papillón”? Maravillosa historia carcelaria donde el protagonista, en una de sus múltiples estancias en prisión, se encuentra recluido en una celda de aislamiento durante meses. Apenas podía ver la luz media hora al día y todo su mundo se reducía a un diminuto espacio de 2 x 3 metros. Y él, sabiendo que aquello podía volver loco a cualquiera, ideó un sistema defensivo tan simple como disciplinado: caminaba durante todo el día de una punta a otra de la celda (¡qué mareo!) entregándose a sus recuerdos. Así sobrevivió milagrosamente. De todos es conocido que junto con el humor y el amor, la imaginación y los recuerdos son los alimentos del espíritu. Yo utilicé aquellos 17 km diarios para “diseñar” El Hechizo. A veces menos, lo confieso, ya que en ocasiones me quedaba en casa o caminaba por los alrededores, o me acercaba a saludar a los compañeros en el instituto, o acudía a visita médica, o ... Pero en definitiva la Vía Augusta fue el escenario donde imaginé El Hechizo. No era raro verme acelerar el paso a la altura de Meliana emocionado porque se me había ocurrido una frase para cerrar el capítulo ocho, o detenerme bruscamente en Museros para anotar una idea en mi inseparable cuaderno de bitácora (sin ir más lejos recuerdo que eso hice en la última frase del sorprendente y esclarecedor epílogo). Y esa perseverancia con que escribía, esa perseverancia con que me castigaba con aquellos dolorosos ejercicios de rehabilitación, esa perseverancia con que me negaba el fracaso y el abandono, era la misma que me obligaba a dar un paso más, un kilómetro más, un esfuerzo más. Camina o revienta, que dicen los legionarios. Algunos pensarán que es una animalada caminar a pleno sol (menos mal que no era verano) tantísimos kilómetros, pero después de correr varias medias maratones, os puedo asegurar que no era demasiado para mí. Al fin y al cabo, disponía de tiempo para eso y mucho más.

5. Después de comer me iba a la clínica de rehabilitación, a por mi ración diaria de tortura. Mientras me aplicaban los electrodos o la onda corta, leía novela histórica (“La piel fría” ¡qué gran desconocida novela!, “El mundo sin fin” que...). Al acabar la sesión estaba demasiado dolorido como para más caminatas y volvía en tren hasta casa donde me atiborraba de analgésicos y descansaba unos minutos antes de ponerme de nuevo a la faena creativa. A veces me regalaba una tarde de asueto y veía alguna serie televisiva (“Prison Break”, excelente guión), o jugaba un poco de ajedrez on-line (¡mis avatares cibernéticos me reclamaban!) antes de otra dura sesión de rehabilitación domiciliaria. Otras veces escribía, y reconozco que la fatiga produjo peores líneas vespertinas que el texto producido al alba. Tomaré nota para sucesivos proyectos. Hay que escribir descansado.

6. Luego venían los críos y generalmente dejaba de escribir para atenderlos (¡Mentira! Muchas tardes seguía tan hechizado por El Hechizo que no paraba...), hasta la hora de la cena. Previamente hacía otra sesión de rehabilitación con barra y poleas y, obviamente, a las 22:00 ya estaba soñando con los angelitos,..., o con Caissa.

Obviamente este esquema-tipo se modificaba sensiblemente los fines de semana, los días en que tenía visita médica y en los periodos de navidad y puentes festivos. Incluso un día a la semana (a veces dos) me iba a la biblioteca, esta vez en tren. Ya he explicado anteriormente mi eterno idilio con la biblioteca, y confesaré un romántico truquito: cuando sufría una crisis de ingenio (el famoso “síndrome de la página en blanco” del escritor, que también me pasó), me iba a la biblioteca y me desatascaba.

Muchos me preguntan si estoy orgulloso del Hechizo de Caissa. Y sinceramente digo que lo que más me congratula es haber sido capaz de acabarlo. Porque una cosa tengo muy clara: escribir un libro es un ejercicio de disciplina descomunal.

Camina o revienta; escribe o ríndete.

BLOG 59 APUNTANDO A MATAR

”El motivo no existe siempre para ser alcanzado, sino para servir de punto de mira” Joseph Joubert.

Un juego-arte-ciencia tan matemático y preciso como el ajedrez categoriza fácilmente sus conceptos y tiene muy claro qué es un tema, un motivo o una variante. Pero la vida es mucho más ambigua y compleja, sin duda, como también lo es el vocabulario y la semántica. Y a veces confundimos tema, argumento y motivo cuando nos hacemos, ante la posibilidad de leer una novela, una pregunta tan evidente como “¿De qué va el Hechizo de Caissa? Supongo que esa es la segunda pregunta que nos sugiere el título. La primera es “¿quién es Caissa?”, pero ya está sobradamente contestada en este blog, y con la novela aspiro a que sea “asimilada”. Si habéis leído todas las entradas del blog (y si no, ¿a qué esperas?) os podéis hacer una idea de la respuesta a esta segunda pregunta.

Sin embargo, conviene diferenciar entre argumento y tema. Del primero, la estructura y el hilo narrativo que da vida a la historia, no adelantaré demasiado, aunque me da pie para darle la razón a un lector de este blog que muy acertadamente comentó que escribí la historia que yo tenía dentro. Cierto.

Respecto al tema, el asunto es más complejo, porque a lo largo de toda la historia se abordan varios, a veces solapadamente, a veces simultáneamente, a veces secuencialmente, pero nunca caprichosamente.

Entre los múltiples listados de mi cuaderno de bitácora, del que ya hablé en anteriores posts, unos de los más importantes es el que se titulaba: TEMAS A TRATAR. Ahí va, con un importante sesgo (no debo ni quiero contar todo) y una ligera pincelada aclaratoria:

1. Ajedrez: ni lo comento. Pero os remito a la última pregunta de este post.
2. Estilos educativos y aprendizaje. ¿Cómo aprendemos? ¿Qué es lo realmente importante en el proceso educativo? ¿Qué es lo realmente perdurable?
3. El amor. Esto es como no decir nada, porque debe ser (estadísticamente) el tema más presente de todas las novelas. Concretamente la difusa frontera entre la atracción física y el amor juvenil, todo lo que estamos dispuestos a hacer por amor.

4. Las diferencias generacionales y la relación padre-hijo. Algunos dicen que este es el tema más importante de toda la novela. Lo dejo a vuestra consideración para cuando lo leáis.
5. La singularidad de ese fenómeno que hoy se conoce con el nombre de “frikie”, y lo difícil que es vivir la niñez y la adolescencia con esa cruz de “diferente”.
6. El fair-play, ese concepto deportivo tan manido y tan complejo. A todos nos gusta hablar de él pero muy pocos lo practicamos porque desgraciadamente choca con el principio de realidad. Se ahonda en la necesidad de vivir el juego (el deporte no es otra cosa que un “juego reglado e institucionalizado”) en su pura esencia lúdica.
7. El precio que pagamos por nuestras obsesiones, ¿hasta dónde estamos dispuestos a llegar por alcanzar nuestros anhelos...?

¿Hacia adonde apunta El Hechizo? Y el ajedrez en la novela, ¿es un tema más? ¿Es una burda excusa para tratar los otros? ¿O es un fondo de escritorio, un tapiz omnipresente para vertebrar toda la historia en torno a esa multiplicidad de temas?

Vosotros juzgaréis.

BLOG 60 RECTIFICAR ES DE SABIOS ¿NO?

”Después de saber cuándo debemos aprovechar una oportunidad, lo más importante es saber cuándo debemos renunciar a una ventaja”. Benjamín Disraeli.

De lo leído hasta ahora en este blog, el lector puede sacar como conclusión que escribir una novela es un ejercicio de reflexión, programación y disciplina. Ciertamente, pero hay una cuarta cualidad necesaria: la capacidad para tomar dolorosas decisiones sobre la marcha. Un poco como el ajedrez; continuamente se analiza la posición del tablero (lo que se lleva escrito) y se determina cuál debería ser la siguiente jugada (el siguiente párrafo, secuencia, pasaje, idea...) desechando un montón de posibles variantes (borrando muchas páginas, ideas, algunas ya escritas, ¡qué dolor!).

Conforme iba escribiendo, avanzando a pasos agigantados en esos cinco maratonianos meses, me introducía más y más en la historia, en la piel de los personajes, en la trama argumental y supongo que me enamoraba del Hechizo sin apenas darme cuenta. Habitualmente trabajaba en el portátil, aunque hacía copias de seguridad periódicamente en cuatro soportes diferentes: pendrive, diskette, disco duro del Pc fijo y una copia que me mandaba a mí mismo por correo electrónico. No quería que ningún fallo informático me hiciese perder una sola línea. Esto exigía ser muy sistemático para no olvidar hacer los backups ningún día, pero la seguridad era fundamental, porque antaño ya tuve alguna mala experiencia en este sentido y no estaba dispuesto a repetirlo. Otro de mis mecanismos de seguridad informática consistía en nombrar el archivo con LQPNMC (ya sabe el lector qué significa) y la fecha en curso, de forma que en caso de borrador accidental siempre pudiera recuperar el archivo del día anterior. Aproximadamente cada mes borraba los archivos antiguos, por aquello de no acumular demasiada basura.

Lo cierto es que mi portátil tuvo un problema de Hardware y, aunque pudiera parecer un serio contratiempo (recordad que muchos días iba a trabajar a la biblioteca) en realidad fue una bendición, porque decidí saltarme mis rutinas habituales e imprimí todo lo que llevaba escrito. Cogí un rotulador rojo y, aprovechando la perspectiva que da la distancia (temporal, espacial, nerviosa, espiritual,..., del tipo que sea) afronté la lectura del texto sobre el papel como si fuera un lector, un observador imparcial y no el autor. Supongo que esto es lo que en ocasiones hago cuando juego al ajedrez: intento no dejarme llevar por la pasión, por la ilusión de llevar a cabo “esa maravillosa idea que he tenido” e intento analizar la posición objetivamente. Eso hice. Y me di cuenta de que era necesario modificar muchas cosas, renunciar a muchas páginas, e incluso tomar dolorosas

decisiones si quería que el Hechizo fuera verosímil, interesante, vivo, ágil, digno de leerse. De nuevo recurriré a mis “listados”.

COSAS QUE HAY QUE CAMBIAR:

1. La cantidad de “ajedrez”: esto es una novela, no un libro técnico. No es interesante qué es un enroque o una clavada en cruz. El ajedrez puede ser una presencia permanente –la historia se desarrolla en su mundo-, pero no debe ser el protagonista, ni mucho menos.
2. La extensión capitular. Hay que acortar la duración parcial de los capítulos.
3. Los diálogos. Pronto comprendí que es el registro que peor me estaba quedando. Intenté mejorarlos pero, ante mi evidente incompetencia, decidí reducirlos al máximo.
4. La relación entre Marcos y S, como eje argumental independiente, merecía una mayor profundidad y extensión.
5. Los detalles. Me di cuenta de que determinados detalles (materiales, verbales, fisionómicos) revelaban mucha más información que decenas de palabras. Recordé una acertadísima máxima: “*no cuentes, sugiere.*”
6. Decidí aumentar la carga emotiva en tres capítulos (en tres finales de capítulo para ser exactos) y me obsesioné con finalizarlos con una frase contundente y reveladora. Hasta que no las encontré no descansé.
7. Sobre la “programación” inicial, añadí un eje argumental que titulé “misterio familiar”, y en consecuencia le dediqué muchas más páginas porque entendí que aumentaba el interés del lector, siempre ávido de un poco (o un mucho) de suspense. Sé que buscar expresamente el “suspense” en la historia no está demasiado bien visto entre los literatos puristas, y se considera un truco mal reputado, pero en ese momento yo sólo escribía lo que me gustaría leer (una interesante brújula metodológica) sin importarme otras consideraciones que, de todas formas, ni siquiera conocía.
8. Añadí otros tres personajes secundarios, esta vez sin mucha intención de dotarlos de excesivo protagonismo, pero que entendí que eran necesarios por la información que aportaban para el esclarecimiento del “misterio familiar”.
9. Y con lágrimas en los ojos apretaba la tecla Supr. Para eliminar “paja”. Eran redundancias, informaciones sobrantes, adjetivos innecesarios, datos ajedrecísticos irrelevantes, basura adicional,.., pero era ¡mi basura! Un sacrificio necesario. La posición/el texto (que diría un crítico ajedrecístico/literario) pedía a gritos ese sacrificio.
10. Y se me ocurrió una idea interesante relacionada con la muerte de A, algo que ocurre en su funeral y que me quedó (creo) fetén. ¿O no? Vosotros juzgaréis. Tampoco se trataba sólo de “recortes”. También añadí alguna cosilla...

Que sí, que lo de Shakespeare escribiendo a la luz de una vela su “Romeo y Julieta” en una noche puede resultar muy romántico, pero yo creo que de vez en cuando hay que pararse a reflexionar, tomar aire, coger la guadaña haciendo algún que otro sacrificio, y asumir que a veces sólo podemos reconocer los errores cometiéndolos.

BLOG 61 RUTINAS DE TRABAJO EN LA REDACCIÓN.

"Lo peor es cuando has terminado un capítulo y la máquina de escribir no aplaude." Orson Welles.

Así pues mi ritmo de trabajo en esos cinco meses era intenso, y ahora que al margen de la rehabilitación me dedicaba en cuerpo y alma a escribir, me gusta calificarlo de rutina semiprofesional (no tengo ni idea de cómo escribirán realmente los escritores profesionales), alternando actividades de redacción, programación y corrección de forma más o menos premeditada.

En general redactaba de madrugada y por la mañana, programaba (imaginaba, ideaba...) a mediodía y corregía por la tarde. Seguía una especie de “biorritmo narrativo” que respondía fundamentalmente a mi estado físico y mi grado de fatiga (primer criterio), a la programación del *Hechizo* y lo complejo o simple de cada capítulo (segundo criterio), y a los posibles imponderables cotidianos resultantes de mi vida social, mi familia y mis amigos (tercer criterio).

Para cada una de estas tres actividades seguía un procedimiento *más o menos flexible*:

a) Para la redacción (generalmente de madrugada):

- Escribía en la pizarra un breve esquema guionado a seguir, enumerando secuencialmente las ideas a exponer en el texto.
- En el Pc escribía a vuela pluma dos, tres, cuatro, cinco pasajes (generalmente no muchos más). Como la extensión podía variar mucho de un pasaje a otro, también era muy variable la cantidad que podía escribir diariamente. Lo habitual era que no pasara de seis-siete páginas por día, pero este dato es muy impreciso. Algunos días de inspiración redactaba veinte páginas (sobre todo cuanto trabajaba en la biblioteca), pero otros apenas llegaba a las dos páginas. Escribía de forma lineal, no como algunos escritores que son capaces de escribir pasajes de diferentes capítulos un mismo día, incluso separados cronológicamente muchas páginas. Yo no sé. Tengo que ir “cosiendo mi labor” de forma acumulativa.
- En ocasiones consultaba el diccionario o hacía alguna consulta al Google (para buscar algún dato ajedrecístico o cronológico mayormente), pero esto casi siempre lo hacía en la fase de corrección.
- Daba formato a lo escrito (sangrados, puntos y aparte, adjetivos sobrantes, etc.)

b) Para la programación (mañana-mediódía):

- Si estaba caminando o fuera de casa, anotaba ideas, secuencias, frases o posibles modificaciones en mi cuaderno de bitácora.
- Si estaba en casa, las anotaba en la pizarra o en mis “planillas de programación” (ya comentadas en anteriores posts), e incluso a veces abría el archivo y escribía directamente en él.

c) Para la corrección (tardes preferentemente): Estoy harto de corregir. Cada día dedicaba casi una hora vespertina en releer y modificar lo trabajado por la mañana, y eso mientras redactaba el manuscrito (que impropio y arcaico suena este término, pero se dice así). Más adelante hablaré de la fase de “corrección”. Sólo os adelantaré que hice más de 2500 correcciones (contadas una a una), desde ortográficas a argumentales, pasando por estilísticas, semánticas, añadidos, acotados, sustituciones (la función “reemplazar” es utilísima), etc.

Pero no penséis que soy una máquina insensible. Algunos días no escribía nada y me dedicaba exclusivamente a “navegar”, consultar libros o simplemente recargar pilas, que también es muy importante cuando llevas dos o tres días redactando a cierto ritmo. Otros días tenía el ánimo demasiado alterado como para circunscribirme al encorsetado programático expuesto, y redactaba

de noche o programaba de madrugada, o dejaba a mi mujer con la palabra en la boca – o la cena fría sobre la mesa - porque se me había ocurrido una palabra, una idea, una frase que debía anotar inmediatamente... Y los mejores días de la fase de redacción, aquellos en los que produce las mejores líneas, las jornadas más productivas,..., las viví en la biblioteca.

Llegaba a la sala de Humanidades (de noviembre a marzo no suele estar saturada de estudiantes agobiados), conectaba el portátil y comenzaba a redactar sin pararme a pensar nada, sin hacer apenas correcciones, y sin acordarme del tiempo. Era mi vejiga quien me recordaba que mi desbocada imaginación estaba atrapada en un cuerpo que tenía que orinar, que si no... Hasta treinta páginas llegué a redactar en un día (que luego tuve que mutilar hasta la mitad, claro). Ahora me pregunto que pensarían aquellas jovencitas (estadísticamente - no es un comentario con ánimo sexista- había muchas más mujeres que hombres) futuras abogadas, o arquitectas, o psicólogas, o maestras, viendo a aquel poseso de mediana edad tecleando con rabia, con los ojos iluminados por su obsesión y la mirada colgada en el monitor o en el vacío...

Blog 61 RUTINAS DE TRABAJO EN LA REDACCIÓN.

"Lo peor es cuando has terminado un capítulo y la máquina de escribir no aplaude." Orson Welles.

Así pues mi ritmo de trabajo en esos cinco meses era intenso, y ahora que al margen de la rehabilitación me dedicaba en cuerpo y alma a escribir, me gusta calificarlo de rutina semiprofesional (no tengo ni idea de cómo escribirán realmente los escritores profesionales), alternando actividades de redacción, programación y corrección de forma más o menos premeditada.

En general redactaba de madrugada y por la mañana, programaba (imaginaba, ideaba...) a mediodía y corregía por la tarde. Seguía una especie de "biorritmo narrativo" que respondía fundamentalmente a mi estado físico y mi grado de fatiga (primer criterio), a la programación del *Hechizo* y lo complejo o simple de cada capítulo (segundo criterio), y a los posibles imponderables cotidianos resultantes de mi vida social, mi familia y mis amigos (tercer criterio).

Para cada una de estas tres actividades seguía un procedimiento *más o menos flexible*:

a) Para la redacción (generalmente de madrugada):

7. Escribía en la pizarra un breve esquema guionado a seguir, enumerando secuencialmente las ideas a exponer en el texto.
8. En el Pc escribía a vuela pluma dos, tres, cuatro, cinco pasajes (generalmente no muchos más). Como la extensión podía variar mucho de un pasaje a otro, también era muy variable la cantidad que podía escribir diariamente. Lo habitual era que no pasara de seis-siete páginas por día, pero este dato es muy impreciso. Algunos días de inspiración redactaba veinte páginas (sobre todo cuanto trabajaba en la biblioteca), pero otros apenas llegaba a las dos páginas. Escribía de forma lineal, no como algunos escritores que son capaces de escribir pasajes de diferentes capítulos un mismo día, incluso separados cronológicamente muchas páginas. Yo no sé. Tengo que ir "cosiendo mi labor" de forma acumulativa.
9. En ocasiones consultaba el diccionario o hacía alguna consulta al Google (para buscar algún dato ajedrecístico o cronológico mayormente), pero esto casi siempre lo hacía en la fase de corrección.
10. Daba formato a lo escrito (sangrados, puntos y aparte, adjetivos sobrantes, etc.)

b) Para la programación (mañana-mediiodía):

18. Si estaba caminando o fuera de casa, anotaba ideas, secuencias, frases o posibles modificaciones en mi cuaderno de bitácora.
19. Si estaba en casa, las anotaba en la pizarra o en mis “planillas de programación” (ya comentadas en anteriores posts), e incluso a veces abría el archivo y escribía directamente en él.

c) Para la corrección (tardes preferentemente): Estoy harto de corregir. Cada día dedicaba casi una hora vespertina en releer y modificar lo trabajado por la mañana, y eso mientras redactaba el manuscrito (que impropio y arcaico suena este término, pero se dice así). Más adelante hablaré de la fase de “corrección”. Sólo os adelantaré que hice más de 2500 correcciones (contadas una a una), desde ortográficas a argumentales, pasando por estilísticas, semánticas, añadidos, acotados, sustituciones (la función “reemplazar” es utilísima), etc.

Pero no penséis que soy una máquina insensible. Algunos días no escribía nada y me dedicaba exclusivamente a “navegar”, consultar libros o simplemente recargar pilas, que también es muy importante cuando llevas dos o tres días redactando a cierto ritmo. Otros días tenía el ánimo demasiado alterado como para circunscribirme al encorsetado programático expuesto, y redactaba de noche o programaba de madrugada, o dejaba a mi mujer con la palabra en la boca – o la cena fría sobre la mesa - porque se me había ocurrido una palabra, una idea, una frase que debía anotar inmediatamente... Y los mejores días de la fase de redacción, aquellos en los que produje las mejores líneas, las jornadas más productivas,..., las viví en la biblioteca.

Llegaba a la sala de Humanidades (de noviembre a marzo no suele estar saturada de estudiantes agobiados), conectaba el portátil y comenzaba a redactar sin pararme a pensar nada, sin hacer apenas correcciones, y sin acordarme del tiempo. Era mi vejiga quien me recordaba que mi desbocada imaginación estaba atrapada en un cuerpo que tenía que orinar, que si no... Hasta treinta páginas llegué a redactar en un día (que luego tuve que mutilar hasta la mitad, claro). Ahora me pregunto que pensarían aquellas jovencitas (estadísticamente - no es un comentario con ánimo sexista- había muchas más mujeres que hombres) futuras abogadas, o arquitectas, o psicólogas, o maestras, viendo a aquel poseso de mediana edad tecleando con rabia, con los ojos iluminados por su obsesión y la mirada colgada en el monitor o en el vacío...

blog 62 CRUZANDO LA LÍNEA DE META

”El tiempo es el mejor autor: siempre encuentra el final perfecto”. Charles Chaplin.

Mediado el mes de marzo comencé a escribir el último capítulo y el epílogo. Este es uno de los mayores errores que pude percibir en la escritura del Hechizo, porque tenía tantas ganas de acabar que el final lo escribí precipitadamente. Yo mismo valoraba ese colofón como apresurado, y confieso que este capítulo es el que más tuve que modificar en la fase de corrección y, a diferencia de otras modificaciones argumentales, tuve que ampliar bastantes párrafos y modificar el final un par de veces antes del “borrador” definitivo. Este último adjetivo, definitivo, me produce una hilaridad descontrolada. ¿Cuántas veces no utilicé este vocablo para nombrar un archivo? Hechizodefinitivo.doc. Hechizodefinitivo2.doc Hechizodefinitivo3.doc....

Uno de los principales descubrimientos del escritor novel es lo dilatado que es el proceso de

corrección. Descomunal. Pero ya llegaré a esa fase. Lo cierto es que finalizar el Hechizo supuso para mí un hito histórico, un punto de inflexión de profundas implicaciones vitales y, probablemente, el logro que mayor orgullo me ha reportado en toda mi vida. Ni cuando accedí al INEF después de aquel intensísimo verano de entrenamiento físico inhumano, ni cuando aprobé la oposición después de dos años sumergido en libros, ni cuando obtuve el cinto negro de judo, ni cuando corrí mi primera media maratón, nunca sentí un alivio tan enorme, una sensación de éxito integral tan completa, un paroxismo tan sentido, tan vivido, tan auténtico. Imagino que los lectores que no hayan escrito una novela a duras penas pueden imaginarlo, pero confieso que no estaba en absoluto orgulloso de la novela, sino únicamente de haberla acabado. Aquel inolvidable jueves de marzo no disfruté de la calidad del Hechizo, sino de su conclusión. No me importaba haberlo escrito mejor o pero, sólo deseaba acabarlo. Y lo había hecho.

Entonces aún no era consciente de lo mucho que quedaba por hacer, de las miles de correcciones que le esperaban al Hechizo, pero después de olvidar ya casi la fase de documentación, ahora dejaba atrás la fase de redacción. Era lo más lejos que había llegado nunca y aunque parezca un planteamiento absurdo tratándose de una obra artística, me congratulaba mucho más la cantidad de lo escrito (por fin una obra extensa completada) que su calidad. Eso, en ese momento, era secundario.

Me tomé una semana de descanso total, y después releí El Hechizo pausadamente. Aún hice algunas correcciones más, de poco calado argumental y más bien de carácter formal, y transformé el archivo doc en un pdf. Exactamente 267 páginas en formato DIN A4, y 145.890 palabras.

Y entonces me encontré con esa gran incógnita que todo escritor debe afrontar al finalizar la escritura de una novela: ¿Y ahora qué? ¿Qué hago con este borrador/manuscrito?

Aunque parezca pretencioso e increíble, os aseguro que tenía muchas dudas sobre su calidad, sólo estaba realmente orgulloso de haberlo finalizado, lo juro, y encontré la respuesta fácilmente: tenía que comprobar si este texto (todavía le negaba el calificativo de libro o novela) tenía algo de calidad. Y sabía cómo hacerlo. Necesitaba algunos lectores imparciales y críticos. Para eso, el propio escritor no sirve. Está demasiado imbuido e implicado en la historia como para poder emitir un dictamen objetivo. Le falta perspectiva.

Blog 63 ¿RECTA FINAL?

”Después de saber cuándo debemos aprovechar una oportunidad, lo más importante es saber cuándo debemos renunciar a una ventaja”. Benjamín Disraeli.

Mediado el mes de marzo comencé a escribir el último capítulo y el epílogo. Este es uno de los mayores errores que pude percibir en la escritura del Hechizo, porque tenía tantas ganas de acabar que el final lo escribí precipitadamente. Yo mismo valoraba ese colofón como apresurado, y confieso que este capítulo es el que más tuve que modificar en la fase de corrección y, a diferencia de otras modificaciones argumentales, tuve que ampliar bastantes párrafos y modificar el final un par de veces antes del “borrador” definitivo. Este último adjetivo, definitivo, me produce una hilaridad descontrolada. ¿Cuántas veces no utilicé este vocablo para nombrar un archivo? Hechizodefinitivo.doc. Hechizodefinitivo2.doc Hechizodefinitivo3.doc....

Uno de los principales descubrimientos del escritor novel es lo dilatado que es el proceso de corrección. Descomunal. Pero ya llegaré a esa fase. Lo cierto es que finalizar el Hechizo supuso para mí un hito histórico, un punto de inflexión de profundas implicaciones vitales y, probablemente, el logro que mayor orgullo me ha reportado en toda mi vida. Ni cuando accedí al INEF después de aquel intensísimo verano de entrenamiento físico inhumano, ni cuando aprobé la

oposición después de dos años sumergido en libros, ni cuando obtuve el cinturón negro de judo, ni cuando corrí mi primera media maratón, nunca sentí un alivio tan enorme, una sensación de éxito integral tan completa, un paroxismo tan sentido, tan vivido, tan auténtico. Imagino que los lectores que no hayan escrito una novela a duras penas pueden imaginarlo, pero confieso que no estaba en absoluto orgulloso de la novela, sino únicamente de haberla acabado. Aquel inolvidable jueves de marzo no disfruté de la calidad del Hechizo, sino de su conclusión. No me importaba haberlo escrito mejor o peor, sólo deseaba acabarlo. Y lo había hecho.

Entonces aún no era consciente de lo mucho que quedaba por hacer, de las miles de correcciones que le esperaban al Hechizo, pero después de olvidar ya casi la fase de documentación, ahora dejaba atrás la fase de redacción. Era lo más lejos que había llegado nunca y aunque parezca un planteamiento absurdo tratándose de una obra artística, me congratulaba mucho más la cantidad de lo escrito (por fin una obra extensa completada) que su calidad. Eso, en ese momento, era secundario.

Me tomé una semana de descanso total, y después releí El Hechizo pausadamente. Aún hice algunas correcciones más, de poco calado argumental y más bien de carácter formal, y transformé el archivo doc en un pdf. Exactamente 267 páginas en formato DIN A4, y 145.890 palabras.

Y entonces me encontré con esa gran incógnita que todo escritor debe afrontar al finalizar la escritura de una novela: ¿Y ahora qué? ¿Qué hago con este borrador/manuscrito?

Aunque parezca pretencioso e increíble, os aseguro que tenía muchas dudas sobre su calidad, sólo estaba realmente orgulloso de haberlo finalizado, lo juro, y encontré la respuesta fácilmente: tenía que comprobar si este texto (todavía le negaba el calificativo de libro o novela) tenía algo de calidad. Y sabía cómo hacerlo. Necesitaba algunos lectores imparciales y críticos. Para eso, el propio escritor no sirve. Está demasiado imbuido e implicado en la historia como para poder emitir un dictamen objetivo. Le falta perspectiva.